



UNIVERSIDAD  
**COMPLUTENSE**  
MADRID

**FACULTAD DE CIENCIAS  
ECONÓMICAS Y EMPRESARIALES**

**DOBLE GRADO EN DERECHO Y  
ADMINISTRACIÓN Y DIRECCIÓN DE EMPRESAS**

**TRABAJO DE FIN DE GRADO**

TÍTULO: *Las causas económicas de la caída del Imperio romano*

AUTOR: *Beda Bericat Guixá*

TUTOR: *José María Ortiz-Villajos*

CURSO ACADÉMICO: *2020-2021 (Sexto curso)*

CONVOCATORIA: *Febrero*

*Justos dioses, ¿qué pecado ha cometido contra vosotros el pueblo romano [...]?*

*Historia Augusta, Flavio Vopisco et al.*

# ÍNDICE

RESUMEN .....	1
1. INTRODUCCIÓN .....	2
2. TEORÍAS SOBRE LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO.....	3
2.1. Logros económicos alcanzados en el Alto Imperio .....	3
2.2. Teorías parciales.....	8
3. LA ECONOMÍA BAJOIMPERIAL Y LA CAÍDA DE ROMA.....	10
3.1. Agricultura y ganadería .....	10
3.2. Capital humano e innovación.....	19
3.3. Comercio e infraestructura .....	23
3.4. Moneda y finanzas .....	29
3.5. El Estado .....	35
4. CONCLUSIÓN .....	41
5. BIBLIOGRAFÍA.....	45
ANEXO 1. LÍNEA CRONOLÓGICA Y EVENTOS.....	46
ANEXO 2. POLÍTICA ECONÓMICA Y HECHOS DETERMINANTES DURANTE LAS DINASTÍAS .....	47
ANEXO 3. MAPA ESQUEMÁTICO DE CALZADAS ROMANAS “ESTILO METRO” .....	48

## **RESUMEN**

El presente trabajo trata de dar una explicación unitaria sobre la caída del Imperio romano desde el punto de vista de la economía, a partir del análisis de las diferentes causas que han sido aducidas por los historiadores. Comenzando por un cuadro general de las condiciones económicas del Alto Imperio, se analiza después, de manera pormenorizada, cada uno de los sectores en los que la economía romana fue transformándose hasta alcanzar el estadio feudal. La progresión de este proceso evolutivo de la economía antigua fue acompañada de un proceso paralelo de profundos cambios sociales y políticos que culminaron con el derrumbe definitivo del Imperio. El presente estudio también tiene en cuenta este enfoque social y político, como indispensable para una correcta lectura de las condiciones económicas.

# 1. INTRODUCCIÓN

La caída de Roma es uno de los acontecimientos más estudiados por los historiadores de todas las épocas. En todas las obras que tratan sobre el tema se deja ver un cierto anhelo melancólico por la unidad de Occidente y es precisamente este sentimiento, combinado con el estremecimiento por lo colosal del evento, la causa de la abundancia de historiografía. Sobre la paulatina decadencia económica de Roma se cuenta, además, con una gran cantidad de fuentes primarias, entre las que destacan las de origen legislativo. De entre todas las civilizaciones antiguas, la romana es la que mayor y mejor rastro ha dejado tras de sí y es por esto que podemos hacernos una idea sobre su origen, evolución y desaparición mucho más completa y profunda que la de cualquier otra. Tratar de dibujar un cuadro similar de Persia o Egipto es, simplemente, imposible, y su interés sería mucho menor para la comprensión de nuestro mundo.

No obstante, la caída de Roma es un proceso complejo y confuso. Lo fue tanto para quienes lo vivieron de forma directa como para los historiadores que se han enfrentado posteriormente a su análisis. Aunque la decadencia fue progresiva y los síntomas no tardaron en aparecer, el golpe definitivo fue, incluso para quienes lo asestaron<sup>1</sup>, un acontecimiento terrible y, hasta cierto punto, inesperado. Coordinar en un discurso coherente todas las posibles explicaciones de la caída de semejante coloso es una tarea de gran magnitud y dificultad. Muchos hechos descritos por las fuentes requieren ser comprobados y cotejados para, tras certificar su veracidad y cronología, poder ser calificados como causas o como consecuencias del proceso de decadencia progresiva pero imparable que comienza a reflejarse en un punto indeterminado entre los siglos segundo y tercero que la historiografía tradicional sitúa en el asesinato de Pértinax en el 193 d.C. Calificar un elemento como causa o como consecuencia es otra

---

<sup>1</sup> Tras deponer a Rómulo Augústulo, Odoacro emitió durante algún tiempo moneda en el nombre de Julio Nepote, titular de la corona occidental reconocido por Constantinopla, aunque las insignias imperiales fueron remitidas a la capital oriental. También acuñó este caudillo hérulo moneda con la efigie del emperador oriental Zenón.

de las dificultades, no menor, de esta clase de trabajos, pues en muchas ocasiones un mismo hecho puede ser a la vez desencadenante y síntoma del desastre paulatino en el que se fue sumiendo el Imperio

A la complejidad del tema debemos añadir la escasez de estadísticas y datos numéricos fiables, sin los cuales es imposible realizar un estudio económico serio. En este sentido, son muy valiosos los registros censales correspondientes a distintas épocas que han llegado hasta nosotros y que son minuciosamente analizados por autores como Jones (1953). A partir de los mismos, y cotejándolos con vestigios arqueológicos, literarios y artísticos (mosaicos que representan fincas y señoríos que nos dan valiosa información sobre el modo de producción agrícola en determinadas regiones y periodos...) es posible obtener estimaciones cuya verosimilitud es alta pero cuya certeza no puede en modo alguno asegurarse. La escasez de datos cuantitativos es, pues, una dificultad añadida en este estudio.

Considerando todo lo anterior, el presente estudio adopta una estructura sencilla en tres partes. La primera, introductoria, describe someramente la caída en el nivel de vida general que tuvo lugar tras la desaparición del Estado romano en Occidente, así como las explicaciones parciales sobre las causas del desastre. La segunda parte realiza un análisis sobre los aspectos principales de la economía romana y su evolución durante la época del Dominado. La tercera parte del estudio intenta desarrollar una explicación unitaria sobre el proceso de decadencia de la economía y la sociedad de la Antigüedad. En los anexos al presente estudio se incorporan una línea cronológica y un resumen de las políticas de las distintas dinastías imperiales para facilitar al lector el seguimiento cronológico de los hechos descritos.

## **2. TEORÍAS SOBRE LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO**

### **2.1. Logros económicos alcanzados en el Alto Imperio**

Aunque varíen los términos empleados según el autor que se consulte, el propósito de la economía suele ser expresado como la organización adecuada de los recursos disponibles para satisfacer las necesidades del ser humano (solo en cuanto participa en la producción o gestión de estos recursos) y proporcionarle el mayor

bienestar material posible. Un buen indicativo de cuándo se está logrando sostener en el tiempo este objetivo de optimización del bienestar material es el nivel de pobreza en una sociedad, puesto que cada persona empobrecida representa un fracaso del sistema económico, que no ha considerado que dicho individuo merezca ninguna retribución por su participación en la vida económica o que se ha visto impotente para retribuirle. Tanto en el plano cuantitativo como en el cualitativo, la pobreza no es nunca un concepto absoluto, sino que solo podemos determinar si alguien es pobre en relación con el nivel de vida del que disfrutaban sus coetáneos, de lo cual se deriva el concepto de la desigualdad: ¿qué cantidad de pobres existe en una determinada sociedad en relación con el número de ricos? y ¿cuán pobres son quienes se consideran pobres en relación con lo pudientes que son los acomodados? Ambos interrogantes pueden ser respondidos de un modo ilustrativo gracias al conocido Índice de Gini, que podemos ver aplicado al caso romano gracias a un equipo de investigadores del Banco Mundial (Milanovic et al. 2007).

Este estudio compara el coeficiente de Gini aproximado de distintas civilizaciones antiguas con los índices que presentan países modernos en nuestros días. Dos de los imperios estudiados son el Imperio Romano del año 14. y su sucesor bizantino en el año 1000. Se observa una mayor estratificación social en el caso romano<sup>2</sup> -lo cual es indicativo de una mayor equidad en el reparto de la renta, puesto que existen más clases intermedias- y un menor coeficiente de Gini, lo que apunta una menor desigualdad (Ver *Cuadros 1 y 2*).

Esto nos indica que el sistema económico de la Antigüedad lograba que un mayor número de personas tuvieran un nivel de vida aceptable, por encima de la mera subsistencia, que el modo de producción bizantino, muy aproximado al de la Europa feudal en Occidente. El Imperio Romano, de hecho, bate en igualdad a naciones modernas como México o los Estados Unidos.

---

<sup>2</sup> En efecto, puede observarse que el Imperio romano del año 14 contaba con once clases sociales diferenciadas, mientras el bizantino solo tenía ocho. Esto es consecuencia visible de un proceso de aniquilación de las clases intermedias que examinaremos más adelante.

*Cuadro 1.* Comparativa de ingresos per cápita de las distintas clases sociales romanas en el año 14 d.C.

Grupo social	Número de integrantes (varones <i>sui iuris</i> )	Personas (incluye mujeres e impúberes)	Porcentaje de la población total	Ingresos medios familiares	Ingresos medios per cápita
Senadores	600	2470	0,004	150000	37975
Caballeros (équites)	40000	158000	0,285	30000	7595
Senadores municipales	360000	1422000	2,562	8000	2025
Otras personas adineradas	200000	790000	1,423		4810
Legados legionarios	50	198	0,000	67670	17132
Centuriones	2500	9875	0,018	16160	4091
Pretorianos	9000	35550	0,064	3000	759
Soldados	250000	987500	1,8	1010	256
Trabajadores	1066667	4213333	7,6	800	304
Comerciantes y sector servicios	133333	526667	0,9		468
Granjeros (libres y esclavos)	12000000	47400000	85,4		234
Mínimo de subsistencia					180
<i>Total</i>		<i>55.500.000</i>	<i>100,0</i>		<i>380</i>

Fuente: Milanovic et al. (2007), p. 64.

*Cuadro 2.* Muestra del porcentaje de renta global percibido por el 1% más rico en las distintas sociedades estudiadas, así como de su índice de Gini.

Estados/ territorios	Porcentaje de renta que obtiene el 1% más rico	Coefficiente de Gini
Bizancio, (1000)	30,6	41,1
China (1880)	21,3	24,5
Nueva España, (1790)	21,1	63,5
Roma (14)	16,1	39,4
Imperio Mogol de la India (1750)	15,0	48,9
Reino de Nápoles (1811)	14,3	28,4
India británica (1947)	14,0	49,7
Bihar, India (1807)	11,5	33,5
Brasil (1872)	11,2	38,7
Inglaterra (1801)	8,9	51,5
Inglaterra (1688)	8,7	45,0
Castilla la Vieja (1752)	7,0	52,5
México (2000)	11,5	53,8
Reino Unido (1999)	7,0	37,4
EEUU (2000)	6,6	40,2
Italia (2000)	6,0	35,9
Alemania (2000)	4,9	30,3
Francia (2000)	4,5	31,2

Fuente: Milanovic et al. (2007), p. 78.

Además de repartir de un modo más justo la riqueza, el Imperio Romano la generaba de manera más productiva, puesto que presenta un Producto Interior Bruto per cápita aproximado mayor que el Imperio Bizantino y mayor que otras economías como la China imperial del siglo XIX (a pesar de la distancia cronológica entre ambos estados)<sup>3</sup>, la India británica, Nueva España... (Ver *Cuadro 3*).

*Cuadro 3.* Tabla comparativa del nivel de vida en los estados analizados por el estudio del Banco Mundial.

Estados/ territorios	Número de clases sociales	Porcentaje estimado de urbanización	Población (en miles de hab.)	Territorio (en km <sup>2</sup> )	Densidad de población (personas/km <sup>2</sup> )	PIB per cápita estimado
Roma (14)	11	10	55000	3.300.000	13	844
Bizancio (1000)	8	10	15000	1.250.000	8	710
Holanda (1561)	10	45	983	21.680	45,3	1129
Inglaterra y Gales (1688)	31	13	5700	130.000	44	1418
Holanda (1732)	10	39	2023	21.680	93,3	2035
Imperio Mogol de la India (1750)	4	11	182000	3.870.000		530
Castilla la Vieja (1752)	33	10	1980	89.061	22,2	745
Nueva España, (1790)	3	9,1	4500	1.224.433	3,7	755
Inglaterra y Gales (1801)	44	30	9277	130,000	71,4	2006
Bihar, India (1807)	10	10,5	3362	108.155	31,1	533
Reino de Nápoles (1811)	12	15	5000	82.000	61	752
Brasil (1872)	813	16,2	10167	8.456.510	1,2	721
China (1880)	3	7	377500	9.327.420	40,5	540
India británica (1947)	8	16,5	346000	3.870.000	89	617

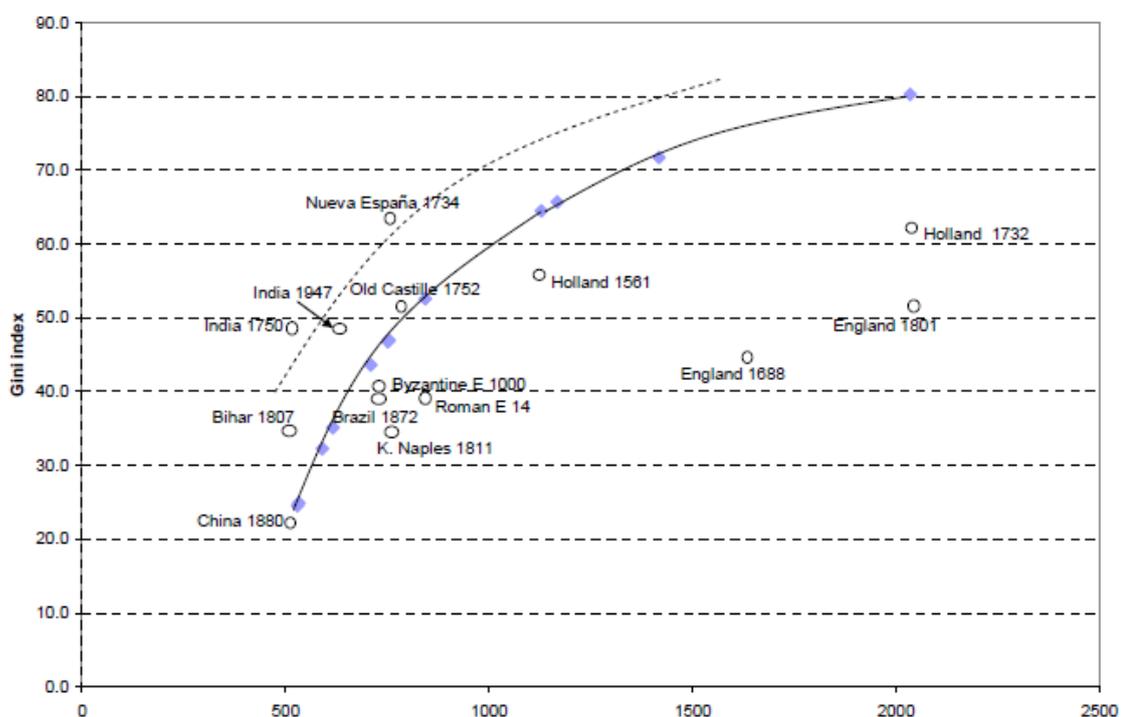
Fuente: Milanovic et al. (2007), p. 76.

Según las estimaciones de Goldsmith, el Imperio Romano en el año 14 de nuestra Era contaba con 55.000.000 habitantes -de los cuales el 10% residía en las ciudades- en un territorio de 3.300.000 km. Para el año 1000, el territorio bajo el poder bizantino se había reducido a menos de la mitad, 1.125.000 km<sup>2</sup>, en los que vivían 15.000.000 de personas. La densidad de población había pasado de 13 a 8 hab/km<sup>2</sup> y el

<sup>3</sup> Las unidades monetarias están expresadas en dólares de 1990 en términos de paridad de poder adquisitivo (PPP), según el estudio del Banco Mundial (Milanovic et al. 2007). Esta es la medida monetaria que utilizaremos a lo largo del presente trabajo al comparar precios antiguos con los contemporáneos.

PIB aproximado se había reducido de 65.165 unidades monetarias a 21.126, resultando un PIB per cápita de 844 unidades monetarias en el caso romano y de 710 para los bizantinos. El reparto de esta riqueza era, además, menos equitativo, arrojando los cálculos de los investigadores del Banco Mundial un Índice de Gini de 39,4 en Roma frente al 41.1 bizantino. El 1% más acaudalado en la sociedad romana del año 14 se hacía con el 16,1% de toda la renta producida anualmente, mientras que en el año 1000 ese mismo 1% extraía el 30,6% de dicha renta anual global (Ver *Cuadro 3* y *Gráfico 1*).

*Gráfico 1. Frontera de Posibilidades de Desigualdad<sup>4</sup>*



Fuente: Milanovic et al. (2007), p. 80.

<sup>4</sup> La IPF o Frontera de Posibilidades de Desigualdad es un punto aproximado a partir del cual la obtención de renta por el 1% más rico de la población resulta inasumible y se producen serios desórdenes sociales. El eje vertical denota la escala de los coeficientes de Gini y, el horizontal, el PIB per cápita en dólares de 1990. Nótese que varios estados han superado su propia frontera de desigualdad, lo cual puede preceder a su colapso o a una grave crisis histórica. La curva sólida del gráfico expresa una paridad de poder adquisitivo de 400 dólares de 1990 como mínimo vital para la subsistencia, mientras que la discontinua, menos rigurosa, indica un PPP de 300 dólares de 1990.

Como hemos podido apreciar, el Imperio Romano logró resultados económicos cercanos, e incluso mejores, a los de muchos países de nuestros días. Sin embargo, el panorama económico es, en comparación, desolador en el Medioevo, la época que sucedió a la caída de Roma y cuyo reflejo en los cuadros y el gráfico antes expuestos podría ser el Imperio bizantino. ¿Cómo pudo resquebrajarse la prosperidad de un Estado tan bien gobernado y con tal nivel de cohesión social (reflejado en el índice de Gini, la renta per cápita y el número de clases sociales) como el Imperio Romano de Occidente? Examinaremos distintas teorías propuestas por los eruditos antes de tratar de dibujar una explicación unitaria.

## 2.2. Teorías parciales

Jerome Nriagu señala el envenenamiento progresivo de las clases altas romanas por causa del plomo como causa de la degeneración de las élites dirigentes y de la consecuente decadencia del Imperio. Los vinos que tomaban los pobres se rebajaban con agua, mientras los de los ricos se rebajaban con un preparado llamado *vino saba*, cuya cocción se hacía en ollas de plomo. El envenenamiento progresivo por plomo era conocido en la antigua Roma y era llamado saturnino, en mención a la deidad demente que devoró a sus hijos, y el comportamiento alucinado y cruel de Calígula, Nerón y otros personajes bien podría ser causado por esta enfermedad. Los análisis de esqueletos de ciudadanos acaudalados revelan, según los cálculos de Nriagu, una ingesta diaria de 250 mg por día, cuando la OMS considera peligrosa la cantidad de 40 mg diarios. Esta tesis parece insuficiente para explicar por sí sola la caída de Roma, pues las familias en el poder se mezclaban constantemente y fueron renovadas por entero varias veces desde la fundación hasta la caída de Roma tras sucesivas purgas de los dictadores, y de los emperadores o como resultado de guerras civiles. Además, aparecen en los escritos de Plinio el Viejo y de Vitrubio advertencias contra este mal saturnino, con lo que es probable que se hubieran tomado medidas de forma espontánea entre la población que habrían evitado semejante envenenamiento masivo.

Peter Heather arguye que la destrucción de Roma la provocó su secular enemigo persa, al verse reinsuflado de vida por la reunificación centralista, agresiva y déspota de la nueva dinastía victoriosa de los sasánidas a partir del siglo III. Los emperadores

hubieron de mantener en las fronteras asiáticas un 40% -estimado- de su fuerza militar, cuando antes bastaba con un 20-25%. Muchas ciudades y regiones prósperas del Oriente, como Armenia, fueron perdidas en favor de Persia por sucesivos tratados humillantes, perdiéndose de esta forma muchos lazos comerciales con la consiguiente disminución en la recaudación del Estado, y la menor presencia de las legiones en Germania dejó el paso libre a los pueblos empujados por el vigor de los hunos. Esto puede ser un motivo razonable, pero de ser los sasánidas tan peligrosos y agresivos, ¿por qué hubo que esperar al poder turco para que cayera la capital del Imperio Oriental en una fecha tan distante como 1453<sup>5</sup>? No tiene sentido que el flanco del Imperio más vulnerable a los ataques salga ileso y se derrumbe sin embargo el opuesto. De hecho, la avenencia a la diplomacia de los persas y el mutuo conocimiento derivado de siglos de convivencia fronteriza, frente a la rudeza incivilizada de los germanos, poco dispuestos a pactar y aún menos a atenerse a lo pactado, fueron una de las razones por las que sobrevivió Bizancio (Ferril, 1989).

También se ha propuesto como causa de la caída la deforestación, la desertización y la extinción de especies por la sobreexplotación de los recursos del Imperio. En sus célebres Sátiras, Juvenal señala que ya no quedan caladeros de pesca en el Adriático y que hay que traer capturas de otras partes del Mediterráneo, pues se capturan en demasía hasta los peces pequeños, impidiendo así que se reproduzcan. Tampoco es factible que esto fuese, sin embargo, un factor decisivo en la caída de Roma, pues queda por ver la verdadera entidad de estos problemas medioambientales. Otros autores que han tratado de demostrar el agotamiento del suelo cultivable en el Imperio debido a los siglos de explotación ininterrumpida se han visto contradichos por los descubrimientos arqueológicos.

También hay quienes culpan a las enfermedades, transmitidas en los hacinados baños públicos. Es paradójico que un instrumento tan útil para la salubridad de las urbes superpobladas como son las termas sean vehículo de contagio. Siempre ha habido plagas, y, pese a la devastación de pandemias como la antonina, este factor debe ser solo considerado como accidental.

---

<sup>5</sup> Sin embargo, para entonces Constantinopla era en la práctica una ciudad-estado, último enclave cristiano en el Asia menor, y no un Estado con la extensión y el poder que se le suele atribuir a un imperio.

Von Mises y liberales contemporáneos como Huerta de Soto han asegurado en algunas conferencias y artículos que Roma cayó por el enorme peso del sector público y por el mantenimiento a costa del Estado de masas ociosas de plebeyos romanos, lograda con el saqueo tributario de los industriosos comerciantes de provincias. Abordaremos esto más adelante (Bartlett, 1994).

Por último, Tainter propone que el Imperio cayó por la progresiva disminución de la sociedad romana en lo que él denomina *complejidad social*. Su teoría es que las civilizaciones alcanzan paulatinamente niveles más complejos de sociedad, y que sus miembros deben responder colectivamente para organizar cada vez mejor estos niveles cada vez más elevados de *complejidad social*. Tal vez el apoltronamiento intelectual de los romanos de los últimos siglos tenga que ver con esto, que de todos modos se parece a la teoría de Arnold J. Toynbee sobre los ciclos de las civilizaciones. En su obra cumbre, el monumental *Estudio de la Historia*, el historiador inglés asegura que un ímpetu creador mueve a las élites de cada civilización a progresar en todos los estadios de la excelencia humana: arte, guerra, agricultura... para decaer por acción del proletariado interno y externo en cuanto quiera que la vitalidad creadora de la minoría disminuye. Toynbee veía a la estéril Roma del Dominado como el tronco de un árbol tronchado, que sigue ocupando el camino pero que ya hace tiempo que ha muerto.

A pesar de que ninguno de los factores bosquejados explica totalmente la caída del coloso romano, sí deben ser tenidos en cuenta para poder adquirir una visión de conjunto. En el siguiente epígrafe, analizaremos en profundidad las condiciones económicas imperantes en los últimos tres siglos del Imperio, así como su evolución, para poder aportar una explicación que englobe todos los factores posibles.

### **3. LA ECONOMÍA BAJOIMPERIAL Y LA CAÍDA DE ROMA**

#### **3.1. Agricultura y ganadería**

La base económica del Imperio Romano es la agricultura y, complementariamente, la ganadería, como lo ha sido en todas las naciones hasta el advenimiento de la Revolución Industrial. Los romanos de los primeros tiempos valoraban en gran manera esta actividad, que reflejaba bien las virtudes del pueblo romano y que acabó siendo un símbolo de la vida austera y sencilla frente al desenfreno de la ciudad (Juvenal, 1996). Pese a su inclinación por la agricultura, los romanos no revolucionaron esta actividad ni introdujeron ninguna novedad de importancia. La idiosincrasia de cada pueblo se refleja en el modo de llevar a cabo sus actividades económicas, y los romanos son siempre caracterizados, acertadamente, como gente severa, práctica, austera y desde luego poco dada a las invenciones y a la especulación. Este carácter, que lleva a la esterilidad en la filosofía y en las ciencias, genera sin embargo frutos maravillosos en el derecho, la ingeniería y en general en cualquier campo técnico u organizativo.

Aunque los romanos no inventaron el engañosamente denominado “arado romano”, sí les deben las provincias occidentales su amplia difusión. Se cree que el acueducto que llevaba agua a la ciudad de Roma fue copiado o al menos inspirado por uno muy similar que había en Cartago (Gibbon, 2003), pero ningún habitante de la Galia había disfrutado de abastecimiento regular de agua corriente antes de la conquista de César. Las antiquísimas culturas de las provincias orientales no tenían nada que aprender de los romanos sobre cómo cultivar o pastorear, pero pudieron hacerlo con mayor tranquilidad gracias a la más efectiva protección militar romana y podían resolver los pleitos sobre los terrenos de manera rápida y justa gracias a la jurisdicción romana. Las figuras jurídicas introducidas por los romanos en Oriente, como el agrovectigal o la regulación sobre las servidumbres, contribuyó a mejorar la productividad de la agricultura también en esta mitad del Imperio.

La estructura de la propiedad de la tierra con que se encontraron los romanos en las provincias que conquistaron fue, de manera general, la que se describe a continuación (Rostovtzeff, 1981).

En rededor de las ciudades había tierras pertenecientes a la urbe que eran cultivadas por colonos libres o por esclavos, pero nunca por ciudadanos. Otro tanto sucedía con las tierras sacras propiedad de los templos y el clero local.

Las tierras de peor calidad, normalmente situadas en las fronteras, las cultivaban indígenas libres que en muchos casos eran solo parcialmente sedentarios y que podían formar bandas de salteadores reprimidos por los séquitos armados de la nobleza local o por los propios campesinos, recurriéndose en caso de necesidad a las guarniciones romanas.

Otras propiedades agrícolas pertenecían a la burguesía afincada en las ciudades de la provincia, de los cuales algunos eran ciudadanos romanos o a miembros del orden senatorial cuya residencia podía estar fijada en cualquier rincón del Imperio (normalmente, en Roma). También existían amplísimas extensiones de tierras imperiales que eran arrendadas, vendidas o donadas según la política del momento. Estas tierras procedían en su mayor parte de adquisiciones forzosas o expropiaciones llevadas a cabo entre la aristocracia senatorial.

Por último, aún eran numerosas las pequeñas o medianas fincas explotadas de manera “científica” directamente por su propietario, con la ayuda de un pequeño número de esclavos.

La propiedad de la tierra sufrió grandes modificaciones, todas tendentes a la concentración en grandes latifundios pertenecientes a unos pocos individuos poderosos. Las tierras de los templos pronto<sup>6</sup> fueron expropiadas por el Estado, que pasó a sostener con subvenciones el culto local, antes sufragado con la renta obtenida por la explotación de los terrenos sagrados. Las tierras de las ciudades fueron sacadas a subasta, haciéndose con ellas sus ciudadanos más ricos.

De manera progresiva, los terratenientes acaudalados (*potentiores*) lograron presionar a los pequeños propietarios para hacerse con sus tierras. Los métodos eran variopintos, desde el amedrentamiento y la coacción hasta la compra a bajo precio cuando la cosecha era mala, pasando por la simple ocupación de la tierra, negando que hubiese sido nunca de su antiguo propietario. Otro gran aliado del terrateniente era la

---

<sup>6</sup> Fue Augusto el primero en idear el sistema de mantenimiento público de los diversos cultos, para minar la resistencia local a la romanización (Rostovtzeff, 1981).

deuda de su vecino<sup>7</sup>. Aunque en Roma el crédito no estaba tan difundido como en la actualidad, era una práctica común en la Antigüedad que los pequeños propietarios se endeudasen con algún terrateniente para poder alimentar a su familia en temporadas de malas cosechas. Cuando la deuda llegaba a ser inasumible, se procedía a la ejecución del patrimonio del deudor, pasando su finca a las manos del acreedor. Aunque también fuesen frecuentes los sobornos, los tribunales resolvían los pleitos sobre las tierras con mayor justicia de lo que se suele pensar, pero aún con todo debían aplicar las leyes sobre las deudas. Son constantes las apelaciones directas al emperador de los campesinos libres, en las que exponen los abusos a que son sometidos y demandan justicia.

Los sucesivos emperadores se mostraron siempre favorables al pequeño propietario, y llevaron a cabo diversas medidas para proteger y aumentar a esta clase media. Los legionarios licenciados recibían en propiedad un pequeño lote de tierra para su cultivo, lo cual contribuía enormemente a la difusión de la cultura romana en el campo y no solo en las ciudades. Los emperadores también llevaron a cabo numerosas expropiaciones arbitrarias de tierras pertenecientes a rivales políticos de la clase senatorial. Las tierras de la corona eran repartidas frecuentemente entre agricultores libres en un régimen especial que podría calificarse de semiarriendo, lo que los convertía prácticamente en propietarios, al menos, y en todo caso, a la hora de explotar la finca y disfrutar de lo producido en ella.

Los esfuerzos de los emperadores demostraron ser ineficaces frente a la tendencia a la concentración. Para el siglo III, la finca predominante en los paisajes campestres en todo el Imperio era el latifundio de gran extensión dedicado a varios cultivos (Rostovtzeff, 1981). Para el siglo V, esta clase de latifundio estaría dedicado principalmente, al autoconsumo. Estas inmensas fincas pertenecían a riquísimos ciudadanos, pertenecientes primero a la clase culta de orden senatorial o a la burguesía urbana, afincadas ambas clases en las ciudades, para pasar más tarde a manos de una

---

<sup>7</sup> En el Derecho Romano más primitivo, la ejecución del deudor se practicaba sobre su persona y no sobre sus bienes, método brutal poco practicado que ya había adoptado la forma que conocemos hoy en tiempos de la República. El sistema jurídico romano incluía cierta protección para el deudor al declararse, por ejemplo, inembargables los aparejos de labranza del embargado, pues de otro modo no podría subsistir (Paricio Serrano y Fernández Barreiro, 2016).

nueva clase terrateniente habitante permanentemente en el campo, en fincas fortificadas, en un proceso de relevo en las clases dirigentes que se explicará más adelante.

Los latifundios se hallaban explotados por colonos libres en régimen de arrendamiento. Las masas de colonos provenían de las filas de la arruinada clase de campesinos propietarios, privados de sus tierras por la mala coyuntura económica o por los ardides de los terratenientes. La mano de obra esclava se utilizaba cada vez menos, hasta el extremo de que los grandes propietarios agrícolas solo recurrían a ella en caso de necesidad acuciante.

La ruina del modo de producción esclavista vino derivada, sobre todo, del encarecimiento de la mano de obra esclava. Hay varios factores que podrían explicar este fenómeno, y trataremos de interpretarlos racionalmente a través de lo señalado por varias fuentes. En primer lugar, varias fuentes antiguas (Rostovtzeff, 1981) señalan que los esclavos eran menos proclives que los hombres libres a dejar descendencia que llegase a la edad adulta<sup>8</sup>. La clase esclava no contaba con un buen relevo generacional, por lo que necesitaba para su supervivencia como clase la caída en la esclavitud de antiguos hombres libres. Puesto que la venta como esclavo del deudor fue eliminada del Derecho Romano ya en la tardorrepublica, no quedaba camino legal para que un ciudadano romano cayera en la esclavitud, salvo que voluntariamente así lo quisiese (cuando esto sucedía, solía ser, también, debido a las deudas), lo cual no era demasiado habitual. De este modo, los nuevos esclavos de reemplazo solo podían provenir del botín de guerra. Sin embargo, las campañas de expansión eran cada vez más costosas, menos numerosas y de menor envergadura. Además, estas campañas solían estar encaminadas a la anexión cultural de los vencidos, como las incursiones en la Dacia o la absorción definitiva de los “estados amortiguadores” orientales como Palmira o Armenia (Ferril, 1989). Esclavizar a los habitantes de una región que se desea pacificar y gobernar es una mala estrategia.

---

<sup>8</sup> Es perfectamente comprensible que nadie desee a su hijo la vida de un esclavo, que, por lo general, era corta y estaba repleta de penalidades. Pese a todo, el instinto natural del ser humano es el de reproducirse, y la natalidad en los esclavos bien podría no haber sido mucho menor a la de los hombres libres. La gran diferencia debía estribar, a nuestro modo de ver, en la difícil llegada a la edad adulta de los bebés y los niños esclavos, pues es de suponer que no recibían las atenciones necesarias en sus primeros años.

El edicto de Caracalla del 215, concediendo la ciudadanía a todos los habitantes del Imperio salvo a los misteriosos *dedicticii* –todavía se discute si este término englobaba únicamente a los delincuentes o si también hacía referencia a los esclavos- demuestra que para entonces la mano de obra esclava no debía ser demasiado importante para los intereses económicos del momento. El advenimiento del cristianismo debió de significar el golpe de gracia a un ya decaído modo de producción esclavista (Belloc, 2010). Es probable que quienes se convirtieran al cristianismo manumitieran a sus esclavos por esta razón. Las manumisiones debieron de haber sido ya numerosas desde el siglo I, ya que a partir de entonces se comienzan a hallar más a menudo nombres de libertos entre la burguesía municipal.

Los terratenientes, de todos modos, no precisaban ya a los esclavos, puesto que encontraban en el colonato un modo de explotación mucho más conveniente para sus intereses. El colono se mantenía a sí mismo con lo producido en las tierras y proporcionaba nuevos colonos en las personas de sus hijos. Además, el terrateniente exigía del colono el pago del arriendo por la explotación de sus tierras y le exigía, además, el pago de los impuestos, que, como ciudadano libre, el colono debía pagar al Estado.

El encarecimiento de los esclavos debido a su disminución numérica fue una causa no menor de la ruina de la pequeña y mediana propiedad agrícola. El campesino libre se servía de la ayuda de los miembros de su familia y de la de un pequeño número de esclavos mantenidos por él. Este sistema permitía la explotación “científica” del suelo. En las tierras de buena calidad, el campesino libre generaba un excedente agrícola que tenía la certeza de poder comercializar, alimentando de este modo el comercio. En los terrenos menos generosos, el propietario tenía de igual modo un aliciente para esforzarse y cultivarlo, pues su propia supervivencia y la de su familia dependían de lo que lograra cosechar. El campesino libre podía permitirse mantener dos, tres o diez esclavos y reemplazarlos a su muerte por nuevos esclavos si podía obtenerlos a buen precio, pero desde luego estaba solo al alcance del gran propietario alojar en sus tierras a familias enteras de colonos. Aún con todo, el pequeño y mediano propietario nunca desapareció del todo, e incluso siguió siendo relativamente numeroso en las provincias orientales.

Como contraposición al propietario que cultiva directamente su finca, el colono es un pésimo agricultor (Rostovtzeff, 1981). Oprimido por las exigencias pecuniarias del terrateniente y del Estado, lo peor de su condición es el nulo horizonte de posibilidades que se le presenta. Por muy esforzadamente que desempeñe su labor, es altamente improbable que logre ninguna clase de promoción social. Esto se agravó con la progresiva vinculación permanente a la tierra que cultivaba. Con el tiempo, fueron muchos los colonos que prefirieron abandonar el campo para refugiarse en zonas salvajes como los bosques, las montañas o los desiertos, donde conformaban en muchas ocasiones bandas de salteadores e incluso auténticas hordas merodeadoras compuestas de varias familias y denominadas *bagaudas*, que costaron enormes recursos militares al Imperio.

Sin aliciente alguno para trabajar de manera intensiva una tierra que no le pertenecía, el colono solo servía para la explotación extensiva y de baja productividad de inmensos latifundios. Al propietario tampoco le interesaba la explotación intensiva, demasiado costosa por los problemas tecnológicos y por la incertidumbre cada vez mayor en el comercio, en la que luego ahondaremos. El excedente agrícola derivado de la producción intensiva solo con dificultades podría venderse, con lo cual se orientó la producción al mero autoconsumo. Los latifundistas de los siglos I y II, además, se interesaban poco en los asuntos del campo, pues residían en la ciudad y nada sabían de técnica agrícola. Aunque fuesen muy activos y trabajadores, estos propietarios solo eran hábiles en los negocios y la especulación y solo esperaban de sus terrenos que les proporcionasen una renta regular lo más elevada posible. Con el advenimiento de la nueva élite rural, residente en sus fincas, la actitud de indiferencia ante las tareas agrícolas sería la misma, puesto que su tiempo y energías debían dedicarse a la defensa militar.

El resultado, pues, de la concentración de la propiedad y del cambio del modo de producción predominante de la esclavitud al colonato, conllevó una gradual disminución en la producción de la agricultura y la ganadería. La desaparición del excedente agrícola fue a su vez una causa de la decadencia del comercio y de las ciudades que vivían de los negocios, que debían ser abastecidas, como grandes centros de consumo que eran, por ese mismo excedente agrícola que los colonos no producían. También resultó en mayores problemas financieros para el Estado, como veremos más

adelante. La situación, insostenible, era la siguiente: para permitir la promoción social de los ciudadanos más activos y para avanzar en la romanización progresiva de las provincias conquistadas, se debían fundar nuevas ciudades, que eran, a su vez, nuevos centros de consumo que debían ser abastecidos por un campo cada vez más extenuado y por un comercio exterior que, como veremos, saqueaba las reservas de oro y plata del Imperio.

Una consecuencia de este proceso, que a su vez agravó la situación de la agricultura, fue la existencia de los denominados *agri desertii*, terrenos dejados voluntariamente sin cultivar por sus propietarios. Este extraño fenómeno apareció a finales del período republicano, llegando a ser un problema de entidad a finales del S. III (Jones, 1953). Las medidas legales adoptadas entre los siglos II y IV para acabar con este problema fueron, entre otras, la obligación del dueño de campos colindantes a hacerse cargo de los terrenos abandonados adyacentes, otorgar terrenos sin labrar en concepto de *honesta missio* a los legionarios licenciados, gravar la propiedad de los campos y no la posesión y cultivo como se había hecho siempre, regalar *agri desertii* exentos de tributos durante tres o incluso diez años a cambio de su cultivo (Bravo Castaneda, 2001).

Todas estas bienintencionadas medidas no pudieron acabar, sin embargo, con la raíz del problema, que no era otra que la concentración de la tierra que hemos explicado. Para los terratenientes, el abandono voluntario de porciones poco fértiles de sus fincas o incluso de parcelas enteras, constituía una decisión económica perfectamente racional dados sus intereses. Concentrar los esfuerzos de los poco eficientes arrendatarios semilibres en las zonas con mejor suelo y desatender las más áridas proporcionaba una producción anual constante y segura, mientras que extender el cultivo a estas últimas áreas solo generaba más gastos de defensa, puesto que era mayor la extensión de terreno habitado que podía ser acechado por los bandidos. Los grandes perjudicados del conjunto de decisiones individuales bien meditadas adoptadas por la élite rural fueron las ciudades y el gobierno central, ambos entes desabastecidos por un campo que se replegaba sobre sí mismo (Bravo Castaneda, 2001). Tampoco la población general, en el sentido más amplio del término, salió favorecida por el descenso de la producción y la productividad y una prueba de ello es el descenso demográfico. A finales del siglo III, según los cálculos de AHM Jones, alrededor del

20% de las tierras cultivables del Imperio se hallaban yermas y despobladas (Jones, 1953).

La agricultura romana sufrió también una serie de crisis intermedias durante los siglos I y II, provocadas por la emancipación económica de las provincias. A la par que Italia quedaba despoblada por la emigración, las provincias interiores del Imperio iban romanizándose y ganando vigor por los ciudadanos romanos llegados a las ciudades. Un proceso similar de emigración tuvo lugar en Grecia, dirigiéndose los emigrados de manera preferente a las ciudades helenizadas del Este. Puesto que Italia y Grecia quedaron despobladas y eran poco atractivas para las inversiones<sup>9</sup>, los únicos cultivos valiosos de ambas regiones acabaron siendo el olivo y la vid. La ingente actividad inversora de los ricos senadores y de los emigrantes italianos en las provincias llevaron a la euforia por la plantación de viñedos y olivos, que consiguieron competir eficazmente con los cultivados en Italia y Grecia. Hispania acabó siendo el mayor centro productor de vino de calidad y de aceite fino, mientras Mauritania copaba el mercado de aceite barato y Egipto el de vino de menor calidad. La sobreproducción vinícola llegó a niveles preocupantes, puesto que los cultivos de trigo se abandonaban en todo el Imperio en favor del más lucrativo viñedo, amenazando con provocar graves hambrunas que comenzaron a sentirse en Oriente. Son conocidas las disposiciones de Domiciano en el año 92 ordenando en las provincias la destrucción de las nuevas parras de vid y proscribiendo las nuevas plantaciones, salvo las que fuesen en sustitución de las antiguas. Estas medidas debieron de ser efectivas, pues de lo contrario no tendría sentido que el emperador Probo dictara una contraorden permitiendo el libre cultivo de la vid en todo el Imperio (Rostovtzeff, 1981).

Como conclusión, diremos que la agricultura romana, sin verse sumida en ninguna crisis catastrófica por el agotamiento del suelo ni por la falta de innovación tecnológica, sí sufrió un descenso en la producción y en la productividad, resultado lógico de la concentración de la propiedad y de la ruina del modo de producción

---

<sup>9</sup> Es un principio básico de la ciencia económica que un inversor quiere colocar su capital donde éste vaya a rendirle de manera más rentable. En las zonas con menos infraestructura es donde el capital invertido genera mayor rentabilidad y es por ello por lo que, en las provincias más altamente desarrolladas como Italia, Grecia o Siria, la saturación en todos los sectores económicos llevaba a que se desplazase el capital inversor a provincias relativamente vírgenes, como el África proconsular o la Galia, cuya prosperidad económica no tendría parangón en todo el Occidente romano.

esclavista. Este fue el fruto de una lenta pero implacable regresión al sistema del colonato, ampliamente conocido en todas las economías de la Antigüedad y cuya única novedad durante el Bajo Imperio fue su difusión casi uniforme y completada durante el siglo III en toda la cuenca mediterránea, especialmente en Occidente.

### 3.2. Capital humano e innovación

Es común achacar al uso de mano de obra esclava la falta de innovación tecnológica en la economía romana (Cameron, 1990). Sin embargo, la experiencia de las monarquías helenísticas, cuya estructura social se asemejaba a una gigantesca colmena de esclavos indígenas señoreados por comerciantes griegos, nos enseña lo contrario. Los reinos sucesores del imperio de Alejandro legaron grandes inventos en todos los campos en que podían aplicarse, incluyendo varios ingenios mecánicos para la agricultura, por no hablar de las máquinas de asedio (Rostovtzeff, 1981).

La innovación tecnológica la realiza quien trabaja directamente en una tarea y tiene alicientes para añadir mejoras o crear una máquina o aplicar un método nuevo que permita un trabajo más cómodo, rápido o que genere un producto de mayor calidad, como el pequeño propietario agrícola o los ingenieros a sueldo de los monarcas que conviven con los soldados o que supervisan personalmente las obras de las infraestructuras fluviales que regarán los campos. Si un gran terrateniente trabajase sus propios campos, también podría desarrollar mejoras. De hecho, los latifundistas romanos demostraron poseer excelentes conocimientos sobre técnica agrícola, lo cual demuestra que, al menos en los primeros tiempos, esta clase se implicaba personalmente en estas tareas, probablemente supervisando los trabajos. Prueba de ello son los numerosos tratados sobre agricultura que han llegado hasta nosotros, siendo particularmente célebres los escritos por Catón (Catón, 2012). La relativa esterilidad innovativa de los romanos no se explica pues por el sistema esclavista sino más bien por la idiosincrasia ya descrita de este industrioso pueblo. El hecho de que el resto de habitantes del Imperio, pertenecientes a muy diversos pueblos de muy distinto carácter tampoco produjeran innovaciones de importancia se puede deber, a nuestro juicio, a que el modo de producción de la economía antigua había llegado a su máxima plenitud. Utilizando palabras más llanas, podría decirse que, seguramente, para el modo de organizar la economía antigua, ya “estaba todo inventado”, y había que esperar al

advenimiento del nuevo modo de producción feudal para que la economía fuese receptiva a nuevos inventos y para que quienes trabajaban directamente la tierra pudieran desarrollarlos. Un ejemplo ilustrativo fue la introducción, ya en la Edad Media, del denominado arado pesado o normando, de tipo germánico, que incorporaba al viejo arado romano una cuña metálica que permitía cavar surcos más profundos y con el que era posible arar en los valles, normalmente más fértiles pero de tierra más compacta y profunda y, por tanto casi inaccesible para el arado romano de madera. El molino movido por agua es otro ejemplo significativo (Cameron, 1990).

Los esclavos podían tener un dueño generoso que los alimentase bien y a quien quisieran favorecer, ya que trataban con él en la vida cotidiana y era habitual que se labrasen incluso relaciones de amistad, sobre todo con los esclavos del servicio doméstico o los docentes o institutrices. En este sentido, podrían tener como incentivo para la innovación la relación personal de afecto con su señor. No obstante, estas relaciones son poco comunes en el caso de los esclavos que labraban las tierras de los latifundistas. La innovación en el sistema de producción esclavista solo podía provenir de los supervisores de los trabajos, esto es, de los propietarios o de ingenieros agrícolas al servicio de éstos. De otra manera, solo podía venir de la mano de quienes estaban fuera de este sistema: los campesinos libres cada vez más escasos en el paisaje rural del Imperio.

Si la Alta Edad Media fue una época, contra lo que popularmente se piensa, bastante innovadora en contraste con la Antigüedad tardía, pudo deberse, más bien, al cambio institucional que permitió al colono la autogestión y no a la clase de mano de obra empleada, ya que en ambos periodos fue, precisamente, el colono.

Como se ha explicado más arriba, el extenso latifundio labrado por arrendatarios fue absorbiendo paulatinamente a los terrenos de los pequeños propietarios, hasta llegar a ser la explotación agrícola predominante en el siglo III. Con la constricción del comercio, los latifundios orientaron su producción al autoconsumo, albergando de este modo diversas clases de plantaciones (trigo, cebada, vid...) frente al anterior modo de producción predominante, el monocultivo científico e intensivo en el que cada propietario cultivaba en su terreno lo que mejor crecía y lo que más rentabilidad podía ofrecerle en un mercado al que sabía que podía acceder. Acabar con la división del trabajo ocasionó una gran caída en la productividad, como se ha señalado.

Que los colonos del medievo realizasen espontáneamente invenciones que con el tiempo se extenderían a toda Europa puede derivarse del hecho de que, en el día a día,

estos arrendatarios se comportaban prácticamente como propietarios, organizando autónomamente la producción y las tareas que debían realizarse. Con la introducción del sistema de diezmos, al señor feudal únicamente debían hacerle entrega de un porcentaje sobre lo cosechado, y no una cantidad periódica en efectivo ni un abastecimiento irregular de lo que en cada momento demandase el terrateniente (Anderson, 1974).

A cambio, los colonos semilibres podían utilizar los molinos y bosques del señor y recibían protección militar medianamente eficaz o, desde luego, mucho más que la que podían ofrecer las depredadoras hordas de voluntad voluble que componían el ejército imperial en los últimos años del Imperio. Además, tenían la tranquilidad suficiente como para realizar una ejecución libre de los trabajos. De este modo, es fácil imaginar que una familia campesina enclavada en un terreno tuviese alicientes para la innovación, pues ello significaba más alimentos y de mejor calidad. Así, pueden destacarse el arado de tipo germánico o la rotación de tres hojas como avances importantísimos en la agricultura y que fueron introducidos, con gran probabilidad, por arrendatarios sensiblemente más incentivados para la innovación que los esclavos o los ingenieros de la Antigüedad (Cameron, 1990).

Otro factor que puede dar lugar a la innovación, o al menos a realizar una actividad que genere valor añadido, es la educación. Hasta la dinastía de los Severos, la educación romana había seguido las mismas pautas que en el resto del mundo antiguo: nula para la población y muy esmerada para los hijos de la burguesía y de la aristocracia. Las nuevas generaciones de las clases acomodadas eran instruidas generalmente por esclavos griegos muy caros y estimados, costeados por los padres. Si el alumno se mostraba medianamente brillante y, sobre todo, si su familia podía permitírselo, finalizaría su formación en alguna escuela de filosofía de Grecia o en Alejandría<sup>10</sup>. La primera mención sobre la educación pública se refiere a la época de Alejandro Severo, indicándose además que existía una clase especial de maestros de escuela primaria tanto en las ciudades como en el campo. Probablemente fuesen una evolución de las escuelas anejas a los templos que existían ya en Egipto desde antiguo. Desconocemos si estas escuelas pudieron elevar el nivel cultural de la población y es imposible concretar su impacto en la economía (Rostovtzeff, 1981, págs. 283 y ss). La

---

<sup>10</sup> La instrucción se dividía en el *trivium* y el *cuadrivium*. El primero constaba de gramática, dialéctica y retórica y el segundo desarrollaba la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. La educación solía desarrollarse en tres etapas, la primera de las cuales podía hacerse en el hogar o asistiendo a una clase con varios compañeros.

educación extendida a las clases inferiores sí tuvo el efecto de hacer que adquirieran conciencia de su propia miseria.

Es probable, sin embargo, que la educación elevada siguiera siendo prebenda de las clases privilegiadas. La extensión de conocimientos prácticos sí pudo realizarse entre capas más humildes gracias al sistema gremial que, mediante los *collegia*, se introdujo paulatinamente de la mano de la organización estatal del aprovisionamiento del ejército y de la ciudad de Roma. Estos *collegia* proporcionaban a sus miembros el saber-hacer o *know-how* de un oficio y serían el germen de los gremios medievales (Rostovtzeff, 1981).

También hubo en el Bajo Imperio universidades muy parecidas a las actuales (aunque la Universidad, como hoy la conocemos, fue configurada como tal durante la Edad Media), en las que se enseñaba derecho, medicina, retórica y otras disciplinas. Aunque resulta difícil averiguar su funcionamiento y su coste para el alumno, podemos afirmar que eran accesibles a un número mayor de ciudadanos que la costosa educación tradicional romana. Debido al apoltronamiento intelectual en el que se habían sumido todas las capas de la población, está documentado (Gibbon, 2003) que Constantino hubo de crear nuevas cátedras para formar arquitectos e ingenieros cuando quiso erigir su nueva capital. Justiniano también reformó el sistema educativo bizantino, clausurando todas las universidades del Imperio excepto las de Berito y Constantinopla, pues en todas las demás ocurría que “indoctos profesores enseñan ciencias tergiversadas”. La Universidad de Constantinopla, cuya fundación se atribuye a Teodosio o incluso a Constancio II, siguió en funcionamiento hasta la toma de la ciudad en 1453.

Si en la decadencia de Roma tuvo algo que ver su esterilidad innovativa es una cuestión difícil de determinar. Debe tenerse en cuenta que Roma se hizo con toda la cuenca mediterránea sin realizar grandes innovaciones en el modo de producción antiguo. Los avances técnicos de los romanos se dieron en el ámbito militar y jurídico, pero, a excepción de las obras hidráulicas como los acueductos, son escasas las innovaciones de este pueblo cuya idiosincrasia es más práctica que especulativa. Si la falta de innovación no fue obstáculo para el auge de Roma (Rostovtzeff, 1981), es razonable pensar que tampoco fue una causa determinante en su caída.

El Imperio romano contribuyó al aumento de la productividad gracias a la creación de lo más parecido a un mercado único que podía darse en aquellos siglos: con

una elevadísima especialización y división del trabajo fruto de una prolongada paz interior y facilidad para el comercio. Cuando los romanos dejaron de ser capaces de defender la *pax romana*, lo cual ocurrió paralelamente a la concentración de la propiedad, el sistema se hizo insostenible, como veremos en los siguientes apartados.

### 3.3. Comercio e infraestructura

La economía de predominancia urbana característica del Alto Imperio se basaba en la extracción por las ciudades del excedente agrícola generado por el campo, de donde también provenían los reclutas, mientras la ciudad, por su parte, proporcionaba manufacturas, personal cualificado (ingenieros, oficiales militares, funcionarios...) y comerciantes.

El excedente generado en cada finca era transportado periódicamente por los campesinos en carretas tiradas por mulas a través de caminos rurales hasta las ferias a donde acudían también comerciantes llegados de las ciudades, que compraban lo necesario para abastecerlas y lo que pudiera ser útil para la exportación a otras provincias o al extranjero. En estas ferias, organizadas por cada *pagus* o conjunto de fincas autoorganizadas, cada campesino llevaba a su finca lo que no producía por sí mismo, a cambio de lo que pudiera vender, en un sistema que combinaba el trueque y la economía monetaria (Pirenne, 1970).

Los comerciantes de las ciudades iban de feria en feria y transitaban por las célebres calzadas romanas, bien pavimentadas y vigiladas, que salvaban los obstáculos del terreno gracias a puentes o incluso túneles. Perfectamente señalizadas con piedras miliare y carteles, las calzadas contaban además con un gran número de casas de posta y posadas donde descansar y cambiar las caballerías, establecidas a intervalos regulares. Estas fantásticas comunicaciones terrestres fueron obra de los excelentes ingenieros romanos que acompañaban al ejército en sus campañas y expediciones. Los legionarios eran usados como peones de obra y los ciudadanos utilizaron estas vías de manera totalmente gratuita a lo largo de toda la vida del Imperio (Para hacerse una idea de la magnitud de la tarea de facilitar las comunicaciones en todo el Imperio, véanse los mapas 1 y 2). Las legiones se ocupaban también del mantenimiento de las calzadas y de patrullarlas para evitar asaltos (Belloc, 2010).

Mapa 1. Red de calzadas romanas en la cuenca mediterránea



Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Calzada\\_romana#/media/Archivo:Roman\\_Empire\\_125\\_es.svg](https://es.wikipedia.org/wiki/Calzada_romana#/media/Archivo:Roman_Empire_125_es.svg)

Una vez que las mercancías obtenidas en el campo se hallaban en los almacenes urbanos de los mercaderes, podían ser embarcadas en largos e inseguros viajes hacia su destino final. Esta inseguridad no era provocada por la piratería, puesto que el Mediterráneo fue limpiado de filibusteros por la armada de Pompeyo Magno durante los últimos años de la República y permaneció en paz hasta que, ya en el siglo V, los vándalos de Genserico pudieron organizar una flota independiente de Roma y dedicada al latrocinio sistemático (Pirenne, 1970). La única inseguridad, pues, la aportaban los temporales y las dificultades en la navegación, a pesar de que las técnicas navales fueron perfeccionadas por los griegos continuamente, también durante la dominación romana. Las embarcaciones navegaban normalmente sin perder de vista la costa, bordeando la tierra y atacando de tanto en tanto en alguna de las muchas y prósperas ciudades costeras hasta llegar a la deseada. Junto a los barcos y sus mercancías llegaban

las noticias, las plagas, las nuevas disposiciones de los emperadores y los funcionarios y soldados para ejecutarlas.

Con el objeto de minimizar el enorme riesgo de fletar un buque comercial, los mercaderes romanos se unían en asociaciones, temporales o permanentes, a las que aportaban un capital determinado con el que adquirir la embarcación, comprar la mercancía y contratar a la tripulación. Si la expedición era afortunada, se repartían los beneficios, mientras que, si resultaba en desastre, las pérdidas eran asumidas de manera proporcional. Estas asociaciones evolucionaron desde los primitivos *collegia*, que eran instituciones colegiadas<sup>11</sup> en las que se reunían personas del mismo oficio para pagar las exequias y la sepultura de uno de sus miembros cuando éste fallecía. Se atribuye la creación de esta institución, como la de muchas otras, al legendario segundo rey de Roma, Numa Pompilio.

Los *collegia* se constituyeron con el tiempo en verdaderas asociaciones profesionales que proporcionaban toda clase de ayuda a sus miembros, que debían pagar una cuota periódica. Los denominados *collegia militum*, por ejemplo, ofrecían pensiones vitalicias para caso de incapacidad por guerra, de mutilación... Otros *collegia* ofrecían seguros de vida a sus miembros, estimándose la esperanza de vida media según la edad del beneficiado con ayuda de unas tablas que han llegado hasta nosotros a través de escritos del famoso jurista Ulpiano (Véase *Cuadro 4*).

*Cuadro 4.* Tabla de esperanza de vida de Ulpiano.

Franja de edad	Esperanza de vida	Franja de edad	Esperanza de vida
0-20	30	44-45	15
20-25	28	45-46	14
25-30	25	46-47	13
30-35	22	47-48	12
35-40	20	48-49	11
40-41	19	49-50	10
41-42	18	50-55	9
42-43	17	55-60	7
43-44	16	60-	5

Fuente: Elaboración propia a partir de Toral Lara (2008), p. 91.

<sup>11</sup> El jurista Gayo nos dice que se necesitaba al menos tres miembros para constituirlos (Paricio Serrano y Fernández Barreiro, 2016).

Los emperadores de la dinastía Severa acabaron por obligar a ciertos segmentos de la población a pertenecer a determinados *collegia*, dando origen a los gremios de artesanos de cualquier ocupación tan característicos de la Edad Media. Esto se hacía con fines tributarios, pero también militares, pues las asociaciones obligatorias para jóvenes denominadas *collegia iuvenum* no eran sino viveros de nuevos reclutas para las legiones (Heather, 2005). Cada *collegium* impartía formación para aprender el oficio a sus nuevos miembros y se regulaba por su propia ley particular, la *lex collegi* (Rostovtzeff, 1981).

Los emperadores julioclaudios y antoninos adoptaron una política librecambista, introduciendo tan solo una restricción comercial: el trigo de Egipto, la provincia más fértil del Imperio, debía ser embarcado a la ciudad de Roma hasta garantizar su total abastecimiento. Cómodo organizó con este fin una flota estatal imitando el modelo alejandrino (Gibbon, 2003).

La *pax romana* hizo de la cuenca mediterránea lo más cercano a un mercado único que era posible dadas las condiciones de la economía antigua y el estadio de desarrollo tecnológico que dichas condiciones podían facilitar. Las comunicaciones eran relativamente seguras y relativamente rápidas, sin aduanas interiores. También existía la libre circulación de trabajadores, siendo de hecho el abandono de la finca que trabajaba el último recurso de un colono para negociar con su arrendador unas mejores condiciones de trabajo<sup>12</sup>. Por último, la moneda se mantuvo estable durante los siglos I y II, acompañada por unos precios asequibles.

El comercio exterior se dirigía sobre todo al Este, amén de intercambios comerciales de alguna importancia con las tribus germanas y eslavas, fundamentalmente para obtener madera. Aunque también existía un fluido e importante comercio con los persas cuando cesaban las hostilidades entre ambas potencias, los mayores socios comerciales del Imperio Romano fueron la India, de donde se importaban especias de toda clase como el clavo, y China, cuya producción más demandada era la seda.

---

<sup>12</sup> Aunque, con el tiempo, las leyes acabaron por anclar a los campesinos a la tierra que trabajaban, al igual que sucedió con otros oficios, que debían pasar de padres a hijos. Práctica habitual de los emperadores fue ofrecer tierras a cambio de que las labrasen también los herederos del nuevo propietario (Rostovtzeff, 1981).

Existían tres rutas que podían tomar los mercaderes romanos para el contacto comercial con China e India.

La ruta terrestre más importante era la que partía de Palmira para atravesar Mesopotamia, desde donde el comerciante aventurero podía dirigirse a alguna ciudad portuaria del Golfo Pérsico donde atracaran embarcaciones provenientes de la India, o bien atravesar Partia para llegar a alguna zona limítrofe con el Indokush para negociar con mercaderes chinos o indios. En tiempos de paz, el gobierno persa exigía el pago de aduanas y otros impuestos a los comerciantes romanos. Durante los frecuentes periodos de guerra en Oriente, los persas prohibían el acceso a estas rutas a los mercaderes romanos, por lo que éstos debían bordear las zonas bajo control parto, adentrándose por el Cáucaso y navegando el mar Caspio hasta llegar a las inmediaciones del río Amu Darya, en el actual Uzbekistán. Allí se hallaba la legendaria Torre de Piedra, lugar de encuentro de los mercaderes chinos con los de otros reinos más occidentales<sup>13</sup>.

Las rutas terrestres eran recorridas en ambos sentidos por comerciantes de muy diversas nacionalidades, pero el viaje era largo, costoso y lleno de peligros, por lo que el comercio con Oriente se realizaba mayormente a través del Mar Rojo, en una ruta marítima que enriqueció enormemente a algunas ciudades costeras de Arabia que actuaban de intermediarios y puntos de abastecimiento para los convoyes. La clave para el descubrimiento de esta ruta fue el aprovechamiento de los vientos monzónicos por parte de los marineros griegos de los tiempos de la dinastía ptolemaica (Ver *Mapa 2*), lo cual permitía un contacto directo entre Roma y el sur de la India, donde se asentaron prósperas comunidades romanas que sobrevivieron varios siglos a la caída del Imperio occidental. Se conservan todavía las ruinas de al menos dos templos romanos en la India. Esta ruta tenía la virtud adicional de evitar la piratería afincada en el Golfo Pérsico, aunque pronto los barcos que la seguían tuvieron que precaverse de los piratas árabes. La ciudad adonde llegaban todas las mercancías de la India era Alejandría, desde donde se enviaban las especias y los demás artículos al resto de ciudades del

---

<sup>13</sup> *Periplo del Mar Eritreo*, atribuido al geógrafo Flavio Arriano. Wilfred H. Schoff, *The Periplus of the Erythraean Sea: Travel and Trade in the Indian Ocean by a Merchant of the First Century* (New York: Longmans, Green, and Co., 1912).

Imperio, siendo Marsella la principal ciudad portuaria del Mediterráneo occidental (Gibbon, 2003).

Mapa 2. Rutas comerciales descubiertas por los griegos ptolemaicos.



Fuente: Periplus del Mar Eritreo, atribuido al geógrafo Flavio Arriano. Wilfred H. Schoff, *The Periplus of the Erythraean Sea: Travel and Trade in the Indian Ocean by a Merchant of the First Century* (New York: Longmans, Green, and Co., 1912).

A cambio de las importaciones de seda, telas y especias, las principales exportaciones de Roma eran la bisutería, las ánforas y otros productos de alfarería y las manufacturas de tejidos como las alfombras y vestidos de amianto<sup>14</sup> y complementos como los cinturones. También se exportaban vinos y aceites, aunque en menor medida por tener que competir estos productos con el gusto por bebidas locales. Hay suficientes indicios que nos permiten asegurar que la balanza de pagos del Imperio Romano era ampliamente deficitaria, pues el Imperio, y particularmente la ciudad de Roma, se había convertido en un enorme centro de consumo a gran escala (Rostovtzeff, 1981). Este consumo aumentaba conforme se fundaban nuevas ciudades, que demandaban a su vez más artículos que suministraba el campo y el comercio. Aumentó grandemente la

<sup>14</sup> De cuyos nocivos efectos para la salud ya nos advierte Plinio el Viejo.

demanda de objetos de uso cotidiano que en la actualidad nadie definiría como productos de lujo pero que en la Antigüedad solo los miembros de las clases urbanas media y alta -que constituían menos del 10% del Imperio en su momento de mayor urbanización, en torno al siglo II- podían permitirse, como peines, tocadores, vestidos, aromas para la comida, vajillas de cerámica, bañeras, ánforas... Mientras la moneda romana fue fuerte, las ciudades pudieron permitirse un abastecimiento continuo de estos productos, pero, cuando ésta comenzó a decaer, la economía urbana decayó junto al denario (Rostovtzeff, 1981).

Esta excelente estructura comercial labrada durante años por los romanos cayó por tres causas principales.

En primer lugar, las amenazas exteriores acabaron por permear el *limes* (frontera) de la civilización para convertirse en amenazas interiores. En un proceso que Toynbee describe como *volkerwanderung* y que podría traducirse como “migración de pueblos”, los germanos comenzaron a deambular por las provincias interrumpiendo las comunicaciones y el comercio. Las calzadas dejaron de ser transitadas por hacendosos mercaderes para servir de ruta preferente a los germanos que, huyendo de los hunos, asolaron el Imperio en su último siglo de vida (Toynbee, 1956). Pese a todo, puede afirmarse que, hasta el siglo V, las comunicaciones interiores permanecieron seguras de la amenaza exterior de los bárbaros, pero no de la interior de los salteadores y de las hordas ambulantes de *bagaudas*, problemas de entidad desde principios del siglo IV (Ferril, 1989).

Como segundo factor, la concentración de la tierra, en un proceso ya explicado, orientó la producción agrícola al autoconsumo, lo cual fue agravado con la carga tributaria excesiva.

Por último, la moneda romana experimentó una considerable devaluación progresiva, lo cual disminuyó el comercio exterior al no haber países que aceptasen el denario y al no haberse desarrollado una industria doméstica lo suficientemente potente como para compensar la muy deficitaria balanza de pagos romana. Esto lo veremos en el siguiente epígrafe.

### 3.4. Moneda y finanzas

La ciudad de Roma no comenzó a acuñar moneda propia hasta el reinado de su penúltimo rey, Servio Tulio. Las monedas primitivas, denominadas *aes rude*, se

fabricaban con oricalco, una aleación de 80% cobre y 20% cinc. Aunque no se abandonó el oricalco, las monedas evolucionaron hasta llegar al as de bronce, para adoptar posteriormente el sistema monetario griego, produciéndose dracmas y didracmas. Con el desarrollo del comercio que siguió a la expansión territorial de la ciudad, se estableció un sistema monetario nuevo cuya estabilidad se mantuvo desde tiempos anteriores a las Guerras Púnicas hasta, al menos, el reinado de Nerón.

El sistema monetario durante la tardorrepública fue el siguiente. Tomando como base el as de bronce, los denarios, que se fabricaban con plata pura, tenían un valor de diez unidades monetarias, que, posteriormente, se aumentó a dieciséis. Veinticinco denarios de plata conformaban un áureo de oro. Puede observarse el valor de cada moneda en el *Cuadro 5*. Las monedas de circulación común eran de plata para las transacciones importantes y de oricalco o bronce para las comunes. El oro apenas se utilizó para la acuñación hasta que no se produjo la explotación regular de las minas de la Hispania Ulterior, ya durante el triunvirato de César, Pompeyo y Craso. Por su parte, Augusto, además de fijar el valor y peso de las monedas en todo el Imperio, decretó que solo el emperador podría acuñar monedas de oro, mientras que las de plata y bronce quedaban en manos del Senado.

*Cuadro 5*. Sistema monetario vigente durante el reinado de Augusto.

Oro	Plata	Plata	Oricalco	Oricalco	Cobre	Bronce	Bronce
2	25	50	100	200	400	800	1600
Quinario de oro (3,89 gr.)	12,5	25	50	100	200	400	800
	Denario (3,89 gr.)	2	4	8	16	32	64
		Quinario de plata (1,94 gr.)	2	4	8	16	32
			Sestercio (27,28 gr.)	2	4	8	16
				Dupondio (13,64 gr.)	2	4	8
					As (10,9 gr.)	2	4
						Semis (5,45 gr.)	2
							Quadrans (2,125 gr.)
Total, gramos							2,725 g

Fuente: Ana Mª Vázquez Hoys: "La moneda romana": [https://www2.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/ROMA/sistema\\_monetario\\_romano.htm](https://www2.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/ROMA/sistema_monetario_romano.htm)

Las sucesivas reformas de los emperadores fueron tendentes a la devaluación de la moneda, rebajando su contenido en metal noble. Nerón fue el primer monarca en reducir el contenido de plata del denario a un 90%, pasando su peso de 3,89 gramos a 3,41. En tiempos de Marco Aurelio, el denario contenía ya un 75% de plata. La razón de estas devaluaciones fue la creencia de que un contenido menor de metal precioso permitiría hacer frente a los gastos crecientes sin aumentar los impuestos. Lo que podría haber sido un ejercicio interesante de llevar a la práctica el concepto de moneda fiduciaria resultó en un fracaso absoluto. Los habitantes del Imperio no confiaban en sus monedas por la autoridad de quien las emitía sino por el metal del que se fabricaban, y sabían perfectamente que ninguna contraparte comercial aceptaría como pago de una mercancía un puñado de círculos de metales viles, por mucho que la efigie del emperador respaldase el valor nominal de la moneda.

Por ello, la respuesta de los emperadores fue la fijación de precios en edictos como el de Diocleciano y la obligación coercitiva a aceptar el dinero del estado en las transacciones. Sin embargo, resultaba imposible obligar a un comerciante extranjero a aceptar como pago las monedas devaluadas, con lo cual el comercio exterior -y, por tanto, el abastecimiento regular a las ciudades de productos indispensables para el desarrollo de la vida urbana- dependió cada vez en mayor medida de las reservas de moneda sin devaluar que poseían las clases altas de la población.

Es imposible cuantificar la ingente cantidad de metales preciosos que derrocharon los romanos y que viajaron desde las minas de las provincias hasta los reinos asiáticos más exóticos. Se han encontrado innumerables tesoros de monedas romanas de los siglos I y II en el sur de la India, en Arabia, en Persia y en China. El oro y la plata aflúan en tal cantidad que el Imperio del Kush, antiguo estado situado entre Persia y la India, podía aprovechar las monedas romanas obtenidas al cobrar los impuestos sobre sus comerciantes para fundirlas y reutilizarlas para la acuñación de su propia moneda. Pues bien, a partir del siglo III ya no encontramos estos tesoros: las monedas romanas ya no eran aceptadas por los comerciantes asiáticos, y la débil industria doméstica no había logrado hacer entrar al Imperio una cantidad suficiente de monedas extranjeras de valor con las que suplir el enorme gasto exterior.

El Senado trató de prohibir en numerosos senadoconsultos el uso de vestidos de seda, indecorosos por su transparencia, y muy demandados por las mujeres romanas, que los compraban a precios desorbitados. Esto se hacía por razones morales y por evitar la escandalosa salida de oro y plata. Plinio el Viejo se lamenta amargamente del enorme derroche de sus conciudadanos, particularmente en cuanto a estos vestidos de seda:

*Para el cálculo más bajo, India, Seres y la península arábica toman de nuestro Imperio cien millones de sestercios cada año: es decir, eso es cuánto nos cuestan nuestros lujos y mujeres.*

*Historia Naturalis, Plinio el Viejo<sup>15</sup>*

Es sabido que una moneda fuerte facilita la importación, pues todos están dispuestos a aceptar dinero con el que se tiene la certeza de poder adquirir cualquier producto. Una moneda débil, por el contrario, dificulta las importaciones, ya que nadie quiere una moneda devaluada, pero promueve la exportación al hacer que la producción local sea más barata en comparación a la producción de un mismo objeto en un país con una moneda más valiosa (Cameron, 1990). El problema fue que, cuando la moneda pudo recuperarse eventualmente, la economía romana ya se hallaba en un estadio muy avanzado en el proceso de transformación hacia el feudalismo.

Con el tiempo, los emperadores más perspicaces lograron entender que la población no aceptaría las monedas devaluadas y trataron de aumentar el valor de las acuñaciones. Caracalla introdujo el antonino, una moneda de plata cuyo valor nominal era el doble de un denario. Sin embargo, su contenido en plata era tan solo 1,5 veces el del denario original, por lo que su uso fue poco extendido. Aureliano y Decio decretaron aumentar la proporción de plata de los denarios, pero sus cortos reinados impidieron que sus reformas fuesen de calado. Para la época del emperador Galieno (260-268 d.C.), los denarios estaban hechos de aleaciones sin valor con un fino baño de plata que saltaba al rozarse con otro metal. Durante la oscura época de las guerras civiles del siglo III, se sabe que se abandonó la acuñación de plata (Galieno fue el último en acuñar en

---

<sup>15</sup> *Seres* era el nombre que se le daba en Roma a los chinos, derivado del nombre latino para la seda. Como contrapartida, los chinos denominaban a los romanos *Da Qin*, que significaba *chinos altos*.

plata) reservándose el oro las capas más acomodadas de la población y volviendo al bronce y al trueque las capas menos favorecidas.

Diocleciano restauró por fin la acuñación en plata y estableció un nuevo sistema monetario basado en el áureo (oro), el *argentum* (plata) y el *follis* (bronce). Las nuevas monedas, acuñadas con la requisa de las antiguas, tenían una proporción de metal noble mayor que las anteriores, y su valor fue apoyado por la fijación de precios máximos. La fijación de precios conlleva siempre que la oferta y la demanda reales fijen el verdadero precio en el mercado negro, y la reforma de Diocleciano fue un nuevo fracaso, viéndose obligado a derogar su ambicioso edicto de precios máximos y salarios mínimos (ver *Cuadro 6*). Solo se logró estabilizar los precios con la introducción del *solidus* de oro, que sustituyó al áureo y la *siliqua* de plata, que reemplazó al denario. Este nuevo sistema lo estableció Constantino a partir del año 307, siendo todavía augusto, pudiéndolo completar en profundidad siendo ya emperador único (Gibbon, 2003).

*Cuadro 6.* Algunos de los valores establecidos por el edicto de fijación de precios de Diocleciano, año 301<sup>16</sup>

Producto	Precio
1/2 litro de aceite	1 sestercio
453 gr. (1 libra) de carne de cerdo	12 denarios
453 gr. (1libra) de ternera o cordero	8 denarios
8,75 litros de sal (1 modivm)	100 denarios
500gr.de olivas negras	4 denarios
300 gr.de queso	12 denarios
1/2 litro de vino de falerno <sup>17</sup>	30 denarios
1/2 litro de vino común	8 denarios

Fuente: *Foro de Numismática*, estudio de 2008: <http://www.identificacion-numismatica.com/t37029-equivalencia-de-monedas-romanas-a-eurosegun-un-estudio-del-2008> y <https://mises.org/es/library/el-edicto-de-diocleciano>

<sup>16</sup> El edicto, que fijaba salarios y precios de más de 1.300 productos, comenzaba con la siguiente declaración de intenciones:

*Debemos comprobar la avaricia ilimitada y furiosa que, sin pensar en la humanidad, se apresura a su propio beneficio. Esta avaricia, sin pensar en la necesidad común, está causando estragos en la riqueza de aquellos en extrema necesidad. Nosotros, los protectores de la raza humana, hemos acordado que la justicia debe intervenir como árbitro, para que la solución que la humanidad misma no pueda proporcionar pueda, mediante los remedios de nuestra previsión, aplicarse al mejoramiento general de todos.*

<sup>17</sup> Este vino blanco de alta graduación, hoy desaparecido, fue muy apreciado por los romanos, siendo uno de los más caros y exclusivos ya en tiempos de la República. Se producía en las inmediaciones del monte Falerno, en la Campania. Diocleciano lo separa del vino común permitiendo un precio máximo muy superior a éste.

La razón por la que no se pudo incrementar el valor intrínseco de la moneda romana fue el agotamiento progresivo de las minas de oro y plata en todo el Imperio. Como puede apreciarse en el mapa elaborado por Luis Cano (Véase *Mapa 3*), el oro se extraía principalmente de Dacia y de la Hispania Ulterior, mientras que la plata se hallaba en el actual Túnez, en la Dacia y el sur de Galia e Hispania. La plata hispana tenía fama de ser la más fina y de mayor calidad del Imperio. El procedimiento de extracción de estos preciados minerales se denominaba *ruina montium*, de invención puramente romana. Consistía en la excavación en las montañas de galerías y pozos sin salida al exterior para posteriormente inundarlas de agua a través de un complejo sistema de canales y viaductos. La presión que ejercía el agua era tal que lograba derrumbar por completo el monte. Entre el destrozo resultante, preludio del moderno *fracking*, era sencillo encontrar las pepitas del deseado metal. Aún con estos métodos, la explotación de las minas fue haciéndose paulatinamente menos rentable por causa de que las vetas de mineral se hallaban cada vez a mayor profundidad, resultando inaccesible para los ingenieros romanos. Una vez que la capa superficial de la mina había sido extraída y enviada al extranjero a través de la importación, se debía buscar una nueva veta, y las de Hispania y Cartago se agotaban a ritmos alarmantes (Richardson, 2007). Los intereses monetarios del Imperio en el siglo III dependían, pues, de la difícil conquista de Dacia y Tracia, de donde las legiones fueron expulsadas una y otra vez. Estas guerras costaban más de lo que se podía ganar extrayendo la plata y el oro, en minas que, por otra parte, necesitaban de un periodo prolongado de paz para su explotación regular y rentable, situación imposible con indígenas tan belicosos.

Si Constantino pudo -temporalmente- estabilizar los precios reforzando la moneda romana fue gracias a las minas de plata que logró establecer en Britania (donde fue nombrado emperador por aclamación) y a una nueva política de fijación de precios que también acabó por fracasar. Contó también con la ayuda complementaria de los templos paganos, que fueron despojados de sus revestimientos de oro y plata con objeto de utilizarlos en la fundición de monedas (Gibbon, 2003). Por último, Constantino reorganizó por completo el sistema de acuñación, estableciendo un número limitado de cecas repartidas a lo largo de la geografía del Imperio según las necesidades de cada región, centralizando definitivamente la emisión de moneda, respondiendo así a una demanda ya antigua.

Mapa 3. Explotaciones mineras dispersas por el Imperio romano.



Fuente: César Cervera y Luis Cano, "Así saqueó el Imperio romano el oro y la plata de Hispania, el mayor tesoro secreto de la Antigüedad", ABC, 21/01/2019, [https://www.abc.es/historia/abci-saqueo-roma-minerales-201706231859\\_noticia.html](https://www.abc.es/historia/abci-saqueo-roma-minerales-201706231859_noticia.html)

Las explotaciones mineras de las provincias, agotadas, acabaron por no ser capaces de sostener el valor nominal de la moneda. Ingentes cantidades de oro y plata acabaron en manos de los exportadores de la India, China y Persia. Esto, junto a la creciente inseguridad interior y exterior, acabó con el comercio entre provincias y con otros Estados.

De este modo, el envilecimiento de la moneda romana, al que siguió un alza generalizada de los precios (la inflación se combatió infructuosamente con edictos de control de precios), fue un factor más que contribuyó a la regresión de la economía romana al autoconsumo de corte feudal.

### 3.5. El Estado

El principal interés económico del Estado en la Antigüedad era el cobro de impuestos para poder satisfacer los gastos militares. Para lograr este objetivo, la República romana tardía articuló un sistema de arrendamiento de impuestos parecido al que rigió en las monarquías de las edades Media y Moderna. Tras calcularse un presupuesto anual estimado del monto total de los gastos, varias compañías mancomunadas arrendatarias de impuestos lo satisfacían en metálico, adquiriendo el

derecho de cobro de los impuestos sobre la población en nombre del Senado romano. Son constantes las quejas de los ciudadanos ante la exacción cruel de los agentes a las órdenes de los arrendatarios de impuestos, que se cobraban con amplios beneficios adelantado al Estado y que exigían además intereses. En caso de no contar con la colaboración voluntaria de los contribuyentes, podían reclamar el auxilio de las legiones (Jones, 1953).

Este sistema puede haber sido útil para que el Estado se desentendiera de lidiar con indígenas poco colaborativos, dejando a los sicarios de las compañías que se entendiesen con ellos en el cobro de su crédito. Sin embargo, el amedrentamiento de la población y el resentimiento que provocaba contra el Estado romano entre los habitantes de las provincias no compensaban el adelanto en metálico del impuesto (Rostovtzeff, 1981). Este sistema, pues, fue desapareciendo paulatinamente para dejar paso al sistema de la liturgia.

La *liturgia* consistía en la contracción de una obligación personal del ciudadano para con el Estado, que se manifestaba solo en aquellos que pertenecían a la clase de los curiales. En cada ciudad romana se escogía a un grupo selecto de los ciudadanos más acaudalados, normalmente los diez primeros, denominados *decemvirii*, para la constitución del cabildo urbano, una suerte de pequeño Senado local existente en todas las ciudades de importancia. Estos curiales respondían personalmente, con sus patrimonios, de la satisfacción de todos los impuestos regulares debidos por quienes habitaban sus tierras y por la propia ciudad a la que representaban. La condición de curial era ostentada usualmente por ciudadanos del orden senatorial y se consideraba un honor cívico que con el tiempo nadie querría recibir. Durante el Principado, es frecuente encontrar inscripciones fúnebres en las que se elogia al difunto por haber satisfecho voluntariamente en nombre de su ciudad algún gasto importante, pero en el Bajo Imperio estos gestos patrióticos se hacen cada vez menos frecuentes hasta desaparecer (Rostovtzeff, 1981).

En cuanto a los impuestos irregulares, éstos se cobraban mediante el temido sistema de la *annona*, que consiste, a grandes rasgos, en la obligación de que, quienes pueden ayudar al Estado a soportar un gasto extraordinario, satisfagan efectivamente lo que se les requiere en cada caso. El ejemplo más típico es el del paso de un ejército por una finca determinada o, lo que es peor, su estacionamiento en las inmediaciones de una

ciudad. En estos casos, el dueño de la finca o los curiales de la ciudad están obligados a abastecer a los legionarios de comida, animales de tiro para los carromatos e incluso esclavos para asistir a los legionarios. Las leyes garantizaban a los propietarios que sus bienes muebles serían devueltos, pero muchas veces una expedición militar resultaba desafortunada, haciendo imposible el reintegro al campesino de los bueyes que prestó al legado de la legión cuando éste se los requirió. Otras muchas veces los bueyes podrían volver famélicos y enfermos por la sobrecarga de trabajo y otras haber sido reemplazados por error o por corrupción por bueyes de menor tamaño. También aseguraba la ley que las requisas forzosas en casos de necesidad tendrían una contraprestación, pero esta era siempre ridícula en comparación con lo que perdía el propietario, si es que se llegaba a satisfacer. Los cálculos de Tácito sobre el coste de un viaje del emperador a sus provincias arrojan cifras enormes y las quejas de las ciudades y de su burguesía son constantes, pero todavía eran gastos asumibles durante el Alto Imperio (Rostovtzeff, 1981).

La gran transformación en las finanzas del Estado romano sobrevino con la dinastía de los Severos y fue la consecuencia lógica de la entronización de Septimio Severo por los soldados de origen humilde y de las provincias exteriores del Imperio (Rostovtzeff, 1981). Esta base social debía ser recompensada por su adhesión, y las últimas palabras de Septimio a sus hijos reflejan bien cómo cumplió el emperador-soldado con su compromiso con las clases humildes: *Mantened la paz, enriqueced a los soldados y no os cuidéis de lo demás*. Y es que el ejército romano, desde Marco Aurelio, se conformaba de levadas semi forzosas de campesinos de las provincias menos romanizadas del Imperio. Este nuevo ejército representaba, pues, los intereses de las clases inferiores, y, aunque no era del todo consciente de su situación, actuó de manera consecuente apoyando a los emperadores ilirios favorables a la continuación de la monarquía militar instaurada por vez primera por Septimio Severo. Las masas de soldados hicieron muchas veces rehenes de sus aspiraciones a los emperadores que entronizaban, que no tenían otra opción que recompensarles con generosos donativos que tenían el doble efecto negativo de relajar aún más la disciplina y de exigir el saqueo tributario de las clases superiores del Imperio (Ferril, 1989).

La monarquía militar extraía los recursos necesarios para la guerra de las expropiaciones forzosas de los bienes de las clases acomodadas y cultas de las ciudades.

Este terrorismo de Estado incluía ejecuciones, confiscaciones de tesoros y ahorros privados, expropiaciones de tierras para repartir entre los soldados y también la adición de nuevas responsabilidades litúrgicas a los curiales urbanos, que trataban de huir al campo para evitar responder personalmente de las pesadas cargas tributarias. Los impuestos regulares, que no aumentaron significativamente e incluso en algunos casos se suprimieron, hacía tiempo que no podían sufragar los gastos del Estado, y los impuestos irregulares se convirtieron en la norma. Las bandas armadas de campesinos indisciplinados que componían ahora el ejército actuaban como una plaga que caía sobre los campos y ciudades robando y atemorizando a sus propios ciudadanos (Ferril, 1989).

A la monarquía militar de las clases inferiores, que entronizaba emperadores de orígenes exóticos y rehenes de sus tropas se opuso el ideal de la pretérita monarquía ilustrada de los antoninos, apoyada por las clases superiores representadas por el Senado. La dinastía antonina se había apoyado en una suerte de pacto entre las clases adineradas y el Estado: éstas sufragaban los gastos regulares y mantenían a raya a los *humiliores* mientras aquél las recompensaba con la protección jurídica y militar de sus intereses privados. Los emperadores de uno y otro signo se sucedieron en el solio en un convulso periodo de guerras civiles durante el cual el mundo romano se halló en grave peligro de perecer. Por fortuna, el ejército campesino, aunque menos eficaz y menos disciplinado, fue capaz de contener las amenazas exteriores durante la anarquía de este siglo III.

Del desorden del siglo tercero surgió un nuevo Imperio cuya fisionomía había cambiado por completo. Diocleciano hizo arraigar una burocracia militarizada que organizaba de manera coherente el saqueo tributario de las clases altas y bajas por igual y que se basaba en la coerción. También trató de contener las guerras civiles al instaurar la tetrarquía: un augusto gobernaría cada mitad del Imperio asistido por un César. Con Diocleciano arraiga definitivamente la sujeción hereditaria al oficio de cada ciudadano. Ya los Severos habían transformado determinadas ocupaciones, como la de los navieros al servicio del Estado, en tareas hereditarias que no podían ser abandonadas por quienes las ejercían y cuyo gremio podía ser ampliado con la adhesión forzosa de nuevos miembros. Con Diocleciano, los militares, los artesanos y los funcionarios hicieron hereditario su oficio y los colonos de las extensas fincas imperiales y privadas quedaron

sujetos a la tierra que labraban. Diocleciano introdujo el sistema de repartir la carga tributaria de los terratenientes en función de la extensión de sus dominios, medidos en *iuga* de terreno. Por cada *iuga* que poseía un propietario, se estimaba una cantidad determinada de producción agrícola estimada y el Estado reclamaba su derecho a una parte de ésta, en lo que bien puede ser visto como el origen del diezmo medieval (Anderson, 1974).

El Imperio quedó convertido paulatinamente en un enorme avispero que funcionaba con el único estímulo de la coacción<sup>18</sup>. Todos debían cumplir con la tarea que tenían asignada desde el nacimiento y se hallaban vigilados por una extensa red burocrática militarizada. Los funcionarios se hallaban sujetos también a la vigilancia de sus propios compañeros y el mundo romano se llenó poco a poco de delatores al servicio de la temida policía secreta del emperador, los *frumentarii*. Los delatores actuaban contra los cristianos, los defraudadores de impuestos, los especuladores de grano y los vecinos más adinerados de los que tenían envidia.

El pago de los impuestos, regulares e irregulares, pasó a ser exigido en especie. Esto era contrario a los intereses del Estado, que debía pagar en numerario a sus tropas, pero el poder económico de la nueva clase alta del Imperio redundó en que las circunstancias no dejaran otra opción. En efecto, los terratenientes sabían que, si satisfacían los impuestos regulares en metálico y posteriormente se decretaba la necesidad de cobrar un impuesto extraordinario para abastecer a las legiones, éste sería igualmente requerido a los propios terratenientes, que se verían privados de sus reses o su trigo sin contraprestación o a cambio de un precio irrisorio legalmente (D'Ors y Laín, 1963). Así, aunque los latifundistas eran quienes mejor podían pagar en metálico, preferían aportar pagos en especie al Estado, que hubo de plegarse a sus intereses.

El pago de impuestos en especie refleja una realidad ya consolidada durante el reinado de Diocleciano, y es la orientación de la producción agrícola hacia el autoabastecimiento. El excedente agrícola, debido a la concentración de la propiedad, se

---

<sup>18</sup> Un dato significativo es que había alrededor de 300 funcionarios bajo el reinado de Augusto, mientras que se llegó, aproximadamente, a los 5.000 durante el Dominado (Bravo Castaneda, 2001).

había reducido mucho, y se dedicaba casi exclusivamente al pago de impuestos o se almacenaba para épocas de malas cosechas. Vender el excedente se había convertido en una tarea difícil por la inseguridad de las comunicaciones y poco rentable debido a los gravámenes que recaían sobre ella. Los grandes terratenientes se habían mudado ya a sus casas de campo, dejando de residir en las ciudades, pues en ellas se estaba más fácilmente expuesto a la presión tributaria, y se corría el riesgo de ser nombrado curial con la correspondiente responsabilidad personal litúrgica ya explicada.

Si bien el *pagus* rural ya contaba con autonomía organizativa en el Alto Imperio, durante los siglos III-IV cada finca se había constituido en un auténtico estado dentro del Estado. La finca era defendida por sus propios labradores comandados por su propietario ante la incompetencia de las tropas del gobierno central. Los más acaudalados habían abandonado las ciudades oprimidas y en decadencia para convertirse en señores feudales que organizaban sus latifundios personalmente. Este proceso comenzó también con los Severos, que promocionaron la erección de *castella*, esto es, de fortificaciones en el campo donde los veteranos de las legiones que labraban las tierras fronterizas pudieran reunirse para responder efectivamente a una incursión enemiga hasta que llegasen las tropas regulares en su auxilio. Los *castella* acabaron siendo propiedad hereditaria del latifundista en cuya tierra se hallaba la fortificación. También se hicieron hereditarios los cargos administrativos de *comes*, *dux* y demás, dando lugar a los títulos nobiliarios de conde, duque y otros, que serían de ostentación común de la nueva clase dirigente feudal (Belloc, 2010).

La lucha de clases no era un asunto nuevo en Roma, que había sufrido graves desórdenes civiles durante la República por esta razón. Medianamente encubierta bajo la prosperidad general disfrutada con los emperadores antoninos, la opresión de los *humiliores* por los *potentiores* dio lugar a una suerte de revolución semiinconsciente de los primeros a través del ejército, una institución que permitía la promoción social (no la única) y que constituía una base clave del poder de los emperadores. El amedrentamiento de las clases ilustradas y las continuas purgas llevadas a cabo contra las familias de la aristocracia senatorial desembocó en la creación de una nueva aristocracia castrense menos letrada, que se convirtió en propietaria de los terrenos expropiados y que acabó ejerciendo una opresión mayor que la anterior élite. Tras las guerras civiles del siglo III, el nuevo orden instaurado por Diocleciano se asentó sobre

la regularización de la coacción. La lucha de clases fue, pues, un elemento no menor en la caída de Roma.

## 4. CONCLUSIÓN

Es muy cómodo asumir las posiciones ideológicas de los autores de las fuentes primarias que han llegado hasta nosotros sobre los años difíciles del siglo tercero. Estos autores pertenecían a las clases expoliadas por los emperadores-soldados, a quienes tildaban de tiranos y a los que contraponían la conducta virtuosa y liberal de los emperadores iluministas de la dinastía antonina. Los órdenes senatorial y ecuestre sufrieron efectivamente el terrorismo de Estado en sus personas y sus bienes, pero en esto los emperadores actuaron como meros intermediarios de las clases humildes que constituían el ejército y que llevaban siglos siendo oprimidos por los *potentiores*. Mientras los aristócratas urbanos podían expresar de forma literaria y elevada su sufrimiento, plasmado en obras como la *Historia Augusta* o *Al emperador*, los humildes campesinos analfabetos sobrellevaban en estoico silencio su opresión por parte de las clases altas residentes en la ciudad y propietarias de las fincas que labraban. Las clases humildes e iletradas solo podían expresar su malestar con estallidos de rebeliones campesinas de *bagaudas* sofocadas por las legiones o huyendo a las montañas o a los bosques.

Sin embargo, el sistema meritocrático consolidado por los Severos abrió a los campesinos la posibilidad de promoción social a través de su servicio en el ejército, dentro del cual podían ascender en el escalafón -mientras que con los antoninos la oficialidad estaba reservada en exclusiva a la aristocracia italiana- hasta llegar incluso a ocupar el trono como Maximino el Tracio y otros muchos emperadores después de él. Después del servicio militar, podían esperar una licencia honrosa con un lote de tierras propio para su cultivo y defensa en alguna región fronteriza.

Es cierto que este sistema también regía con los antoninos e incluso con los julioclaudios, pero la posibilidad de promoción social era menor, pudiéndose ascender hasta el grado de centurión si se entraba como soldado raso. Es significativo que, tras las purgas contra la clase senatorial que llevaron a cabo los emperadores ilirios, se

observe que la nueva clase dominante se hallaba compuesta por generales retirados de provincias exteriores. Además, la composición del grueso del ejército había cambiado desde los primeros años del Imperio. Apenas encontramos ya habitantes de las provincias más romanizadas entre los soldados. Pese a todos los privilegios de las legiones descritos con desprecio por autores como Juvenal (Juvenal, 1996), los únicos que voluntariamente se alistaban en ellas eran quienes tenían un nivel de vida más miserable y vivían en un ambiente más rudo, esto es, los campesinos tracios, ilirios, sirios y de otras provincias exteriores y poco civilizadas. Con el tiempo, ni siquiera estos últimos elementos belicosos del Imperio, que los Severos trataron de organizar en los *castella*, fueron enrolados voluntariamente. El ejército dejó de ser un conjunto de campesinos enfurecidos con las clases superiores pero efectivos contra el enemigo exterior para convertirse en una masa absolutamente indisciplinada de campesinos reclutados en levadas forzosas. Por ello, en los siglos IV y V se recurrirá cada vez más a las tribus germanas federadas con el Imperio, cuya lealtad era voluble y que aprovechaban el ya decadente pero todavía efectivo sistema logístico romano en beneficio propio.

Al igual que hemos tratado de demostrar que los colonos son peores agricultores que los campesinos libres, también es fácil suponer que los colonos levados a la fuerza son peores soldados que los integrantes de un ejército profesional como el de la época antonina. Además, los excelentes oficiales de la aristocracia italiana ya habían desaparecido como clase social y no había quien pudiese instruir a los nuevos reclutas en las antiguas técnicas militares romanas, pues solo las recordaban ya los eruditos como Flavio Vegecio Renato (Ferril, 1989).

La economía romana, como hemos visto, sufrió una regresión paulatina hacia el autoabastecimiento debido a la concentración de la tierra, el envilecimiento de la moneda y la inseguridad de las comunicaciones. Mientras esto sucedía, las clases humildes realizaron una suerte de revolución semiinconsciente a través del ejército, cuyo resultado fue la aniquilación definitiva de la clase culta senatorial y su sustitución por una clase menos numerosa y considerablemente menos letrada de terratenientes de origen militar. Otra gran víctima de la revolución campesina fue la clase media urbana de artesanos privados de sus materias primas y de comerciantes asfixiados por la red estatal de expolio sistemático. Diocleciano recompuso el Imperio convirtiéndolo en un

lugar opresivo bajo la vigilancia del Estado y la nueva clase dominante se hizo eventualmente más poderosa que el propio gobierno central, con la consiguiente depauperación del nivel de vida de las clases inferiores.

Mijail Rostovtzeff concluye su monumental *Historia social y económica del Imperio romano* con una pregunta sobrecogedora: *¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar entre las masas?* En nuestra humilde opinión diremos que no es posible mantener un nivel de civilización elevado sin un nivel de vida que permita satisfacer las necesidades básicas y permita una convivencia pacífica. Esto solo era posible en las ciudades, oasis de civilización donde se escribían tratados de filosofía, se elaboraban las exquisitas leyes romanas y se pronunciaban los grandes discursos. Pero estos oasis debían ser mantenidos por legiones de campesinos iletrados que con su sudor y su silencio permitían el desarrollo y mantenimiento de la civilización latina. Por si fuera poco, estos campesinos también protegían con sus armas y su vida a los ciudadanos ociosos y civilizados de las urbes.

El antagonismo entre el campo y la ciudad que provoca la continuación indefinida del modo de vida civilizado urbano debe acabar inevitablemente en una rebelión como la que tuvo lugar en el siglo III y es que una civilización *debe* extenderse a las masas si quiere sobrevivir. Solo compartiendo una misma cosmovisión se puede compartir intereses en el largo plazo. La identificación de los intereses de las clases altas con los de las clases inferiores es indispensable para evitar la lucha de clases, y el encargado de esto debe ser el Estado.

Hasta el advenimiento del cristianismo, nada hacía coincidir a un campesino con un habitante de la ciudad. Los campesinos egipcios seguían adorando a Osiris y los campesinos sirios a sus *baales* tradicionales, mientras los habitantes helenizados de Alejandría o Bizancio habían adoptado a la tríada capitolina y hablaban griego o latín. El culto imperial podía ser un elemento común de unión, pero era demasiado oficialista y no penetraba en el pueblo ni en los aristócratas. Además, los emperadores se identificaban con distintas divinidades según el estrato social en el que se apoyaban. Así, los emperadores adoptivos se querían asemejar a Hércules, semidiós favorito de los

italianos, mientras los Severos fueron devotos de la divinidad solar ilírica. Solo con la expansión de la doctrina cristiana, que fue un movimiento iniciado entre las clases populares, pudo extenderse realmente el uso del latín como lengua popular, al adoptarse en los ritos religiosos. Una religión única que legitimaba el poder terrenal del emperador pero que también hacía de contrapeso al poder de la corona (recordemos el caso de Teodosio y de San Ambrosio), era el elemento de cohesión perfecto para evitar la lucha de clases o, al menos, posponerla para salvar al Imperio, ya transformado en una monarquía medieval, durante los casi dos siglos que pudo resistir a las migraciones de los pueblos del norte.

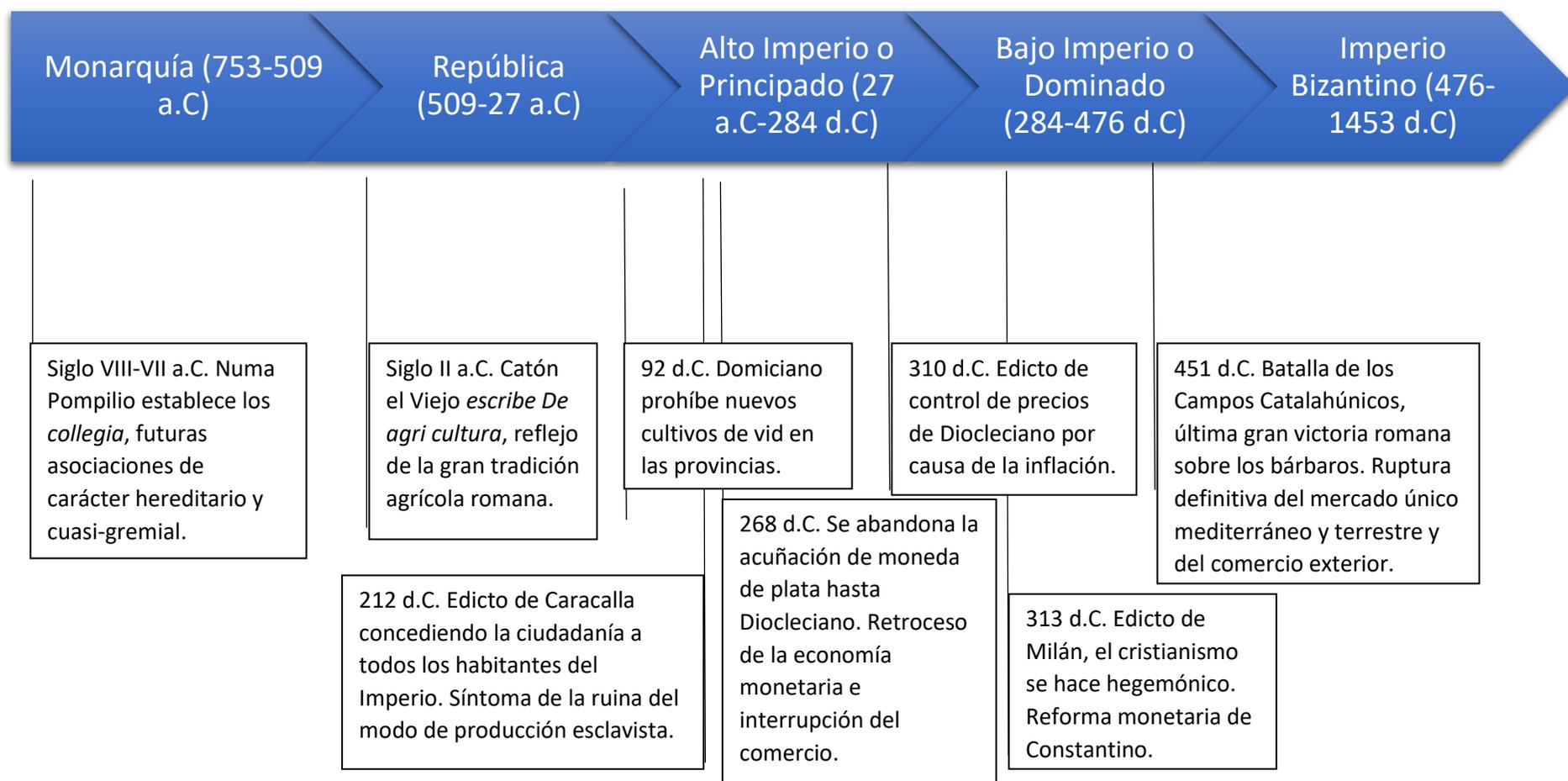
Por último, conviene señalar que las causas económicas de la caída de Roma, objeto de este estudio, solo explican la evolución de la economía antigua a la feudal, pero no la desaparición como tal del ente político que constituía el Imperio de los romanos, que logró siempre una inusitada adhesión por parte de sus habitantes, que jamás quisieron renunciar a la unidad del mundo mediterráneo. El Imperio no sucumbió como tal al transformarse en una monarquía medieval, sino que fue asesinado desde el exterior por causa de su débil disciplina y pésimo armamento militar y su confianza excesiva en la lealtad de los *foederati* godos. Que la guerra, y no la decadencia de la economía antigua, acabó con la mitad occidental del Imperio lo prueba la pervivencia durante un milenio adicional de la mitad oriental, que había sufrido un proceso idéntico en el plano económico y social, si bien es cierto que las ciudades orientales no sufrieron una decadencia tan pronunciada como las occidentales. No cabe extenderse aquí, sin embargo, sobre las interesantes condiciones bélicas imperantes en el Bajo Imperio.

Por ser herederos de la grandeza de Roma, constituye un deber moral contemporáneo no caer en los errores que cometieron los esforzados ciudadanos del Imperio y persistir en aquellas virtudes que les permitieron articular una convivencia pacífica y segura. Por desgracia, no parecemos estar a la altura de las circunstancias, ya que la desigualdad económica aumenta con cada crisis global y a la fragmentación social de nuestra época no parece poder oponérsele ningún elemento de cohesión duradero. En épocas de disolución como la nuestra, merece la pena estudiar cómo cayeron las civilizaciones del pasado para contener nuestra propia caída o, al menos, contemplarla con una mirada más profunda y, si cabe, más melancólica.

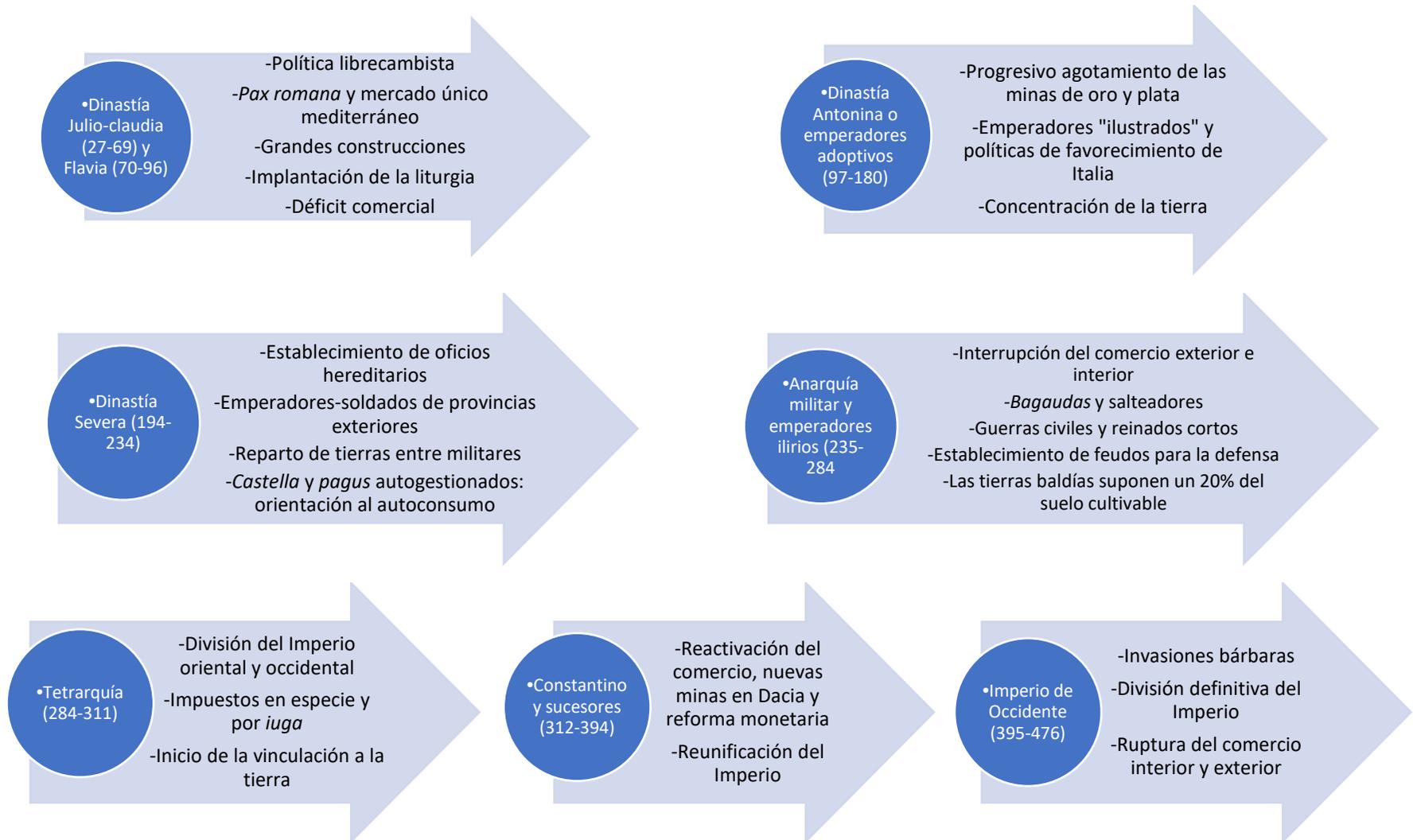
## 5. BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. (1974). *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Paracuellos del Jarama: Siglo XXI editores.
- Bartlett, B. (1994). "How Excessive Government Killed Ancient Rome", *Cato Journal*, Vol. 14 (2), pp. 287-303.
- Belloc, H. (2010). *Europa y la Fe*. Madrid: El buey mudo.
- Bravo Castaneda, G. (2001). *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*. Madrid: Editorial Complutense.
- Cameron, R. (1990). *Historia económica mundial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Catón, M.P. (2012). *Tratado de agricultura. Fragmentos*. Gredos.
- D'Ors, Á y Laín Entralgo, P. (1963). *Menéndez Pelayo y el mundo clásico/ Un arbitrista del siglo IV y la decadencia del Imperio romano*. Madrid: Taurus.
- Ferril, A. (1989). *La caída del Imperio romano*. Madrid: Edesco.
- Gibbon, E. (2003). *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Barcelona: Debolsillo.
- Heather, P. (2005). *La caída del Imperio romano*. Barcelona: Crítica.
- Jones, A. (1953). "Census Records of the Later Roman Empire", *The Journal of Roman Studies*, Vol. 43 (1-2), pp. 49 – 64.
- Juvenal, D. (1996). *Sátiras*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Milanovic, B., Lindert, P. y Williamson, J. (2007). *Measuring Ancient Inequality*. Policy Research Working Paper 4412, The World Bank Development Research Group Poverty Team.
- Nriagu, J. (1983). *Lead and Lead Poisoning in Antiquity*. John Wiley and Sons Inc.
- Paricio Serrano, J. y Fernández Barreiro, A. (2016). *Fundamentos de Derecho Romano Privado*. Madrid: Marcial Pons.
- Pirenne, H. (1970). *Mahoma y Carlomagno*. Paracuellos del Jarama: Alianza Editorial.
- Platón. (1988). *La República*. Madrid: Gredos.
- Richardson, J. (2007). *Hispania, provincia imperial*. Madrid: Centro Editor PDA.
- Rostovtzeff, M. (1981). *Historia Social y Económica del Imperio Romano*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Tainter, J. (1988). *El colapso de las sociedades complejas*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Toral Lara, E. (2008). *El contrato de renta vitalicia*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Toynbee, A. (1956). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé.

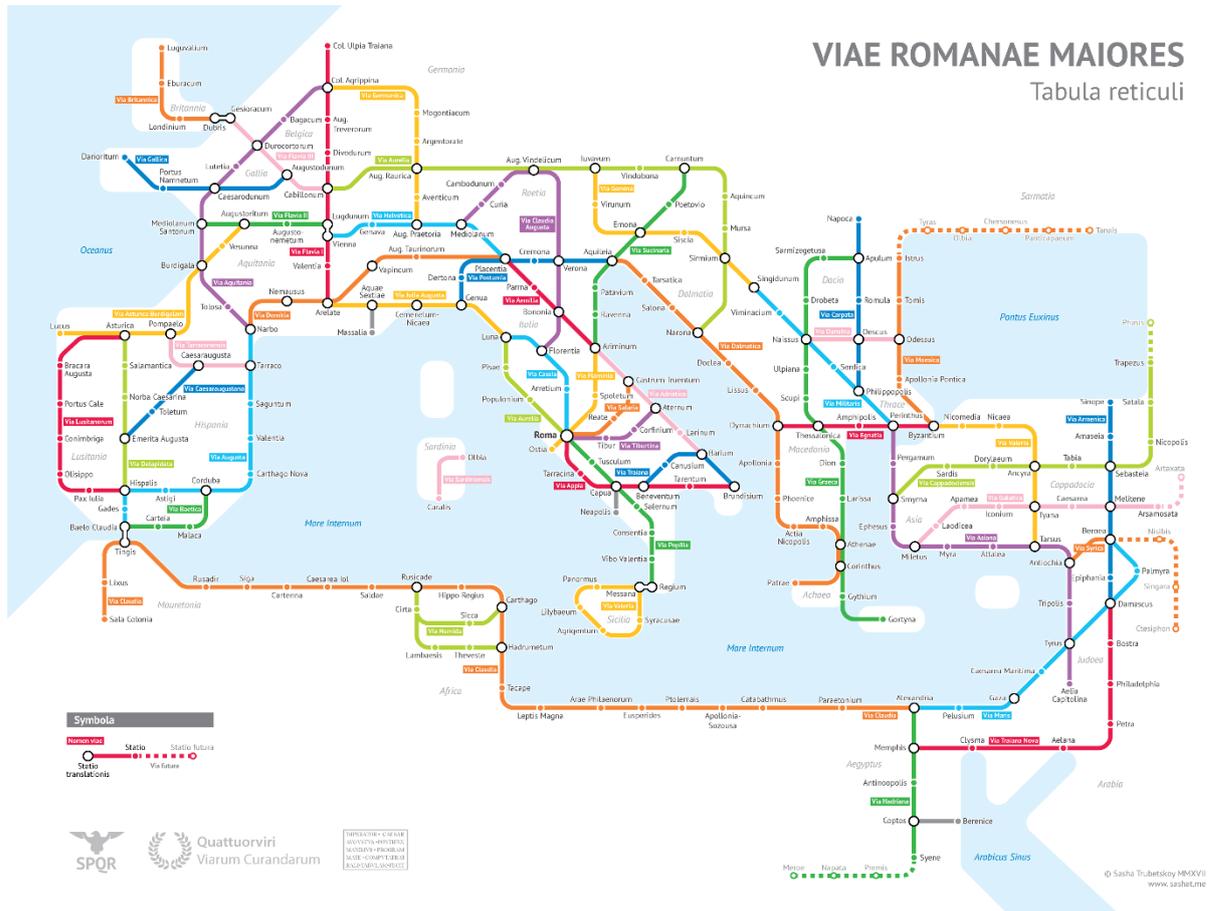
## ANEXO 1. LÍNEA CRONOLÓGICA Y EVENTOS



## ANEXO 2. POLÍTICA ECONÓMICA Y HECHOS DETERMINANTES DURANTE LAS DINASTÍAS



# ANEXO 3. MAPA ESQUEMÁTICO DE CALZADAS ROMANAS “ESTILO METRO”



Fuente: Trubetskiy, Sasha: <https://sashamaps.net/docs/maps/roman-roads-original/>